SELECCIÓN DE NOVELAS CORTAS JOAQUÍN DICENTA

# Selección de novelas cortas

Joaquín Dicenta



Joaquín dicenta

# Selección de novelas cortas



**Joaquín Dicenta**

Joaquín Dicenta Benedicto nació el 3 de febrero de 1862 en Zaragoza, España. Fue periodista, dramaturgo, poeta y narrador influenciado por las corrientes literarias del neorromanticismo y naturalismo.

En 1888, estrenó su primer drama *El suicidio de Wherter* en un famoso teatro de Madrid. Por otro lado, la obra *Juan José* (1895), que tiene como eje central la denuncia social, resultó un éxito internacional para el escritor. En 1913, publicó su novela *Página rota* y, al año siguiente, su novela corta *Estrellita del Alba*.

Fallece en Alicante, España, el 21 de febrero de 1917.

*Selección de novelas cortas*
Joaquín Dicenta

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

# Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

*PÁGINA ROTA*

# CAPÍTULO I

El poeta vivía retirado en un barrio extremo de Madrid. Más que ciudadana, era campesina su vivienda —entre hotel y casa de campo—, limitada por tierras en labranza y embellecida por un jardín y un huerto.

Certamen celebraban en el jardín las flores durante la primaveral estación, volviéndolo paleta, donde lucían los rosales su espléndida gama que va, por entre perfumes, desde el blanco al bermejo; los claveles, sus amarillos y sus grana; los pensamientos, sus caritas de gnomo; los lirios y violetas, sus obispales vestiduras; los jazmines, su nácar; los nardos, su marfil. Los girasoles esplendían sobre el espacio como soles minúsculos; como astros brillaban en el cielo verde de los macizos margaritas y tréboles. Los ramos de acacias y de lilas se volvían airones al suave empuje de los céfiros. La atmósfera, hecha incienso por los alientos vegetales, ascendía, en moléculas irisadas, al encuentro del sol.

Desde el mayo al septiembre, desbordaban en frutos los árboles y las plantaciones del huerto.



Los tomates coqueteaban entre las rejas del cañizo; los pimientos campanilleaban sobre el esmalte de los tallos como caireles de coral; entre hojas berilianas se erguían las fresas, tal que sueltos rubíes. A este lado, descubría el calabazal sus anchos panes de oro; al otro, se desflecaba la escarola en rizos o se abría la lechuga en penachos.

Los frutales enrejaban sus ramas para ofrecer a los pájaros nido. Por ellas descolgaban los albaricoques pecosos, las ciruelas amoratadas, los agridulces nísperos, las guindas carmesí, los higos goteantes de miel. Naranjos enanos embalsamaban el ambiente con los perfumes de su azahar. Un pino solitario derramaba sobre su viudez lágrimas de resina.

En el corral tenían su harén dos gallos jaquetones. Muchas veces disputaban a quiquiriquí limpio; algunas se herían fieramente las crestas y se hincaban los espolones en la carne; eran estas las menos. Allá se iban en arrestos y poderío los corajudos campeones, y salían en sus duelos a picotazo por garrazo. De ahí que procuraran vivir en buena paz, sin trasponer los límites de sus dominios y sin disputarse el amor de sus respectivas esposas. Bien es

cierto que, teniendo diez esposas cada uno, ni tiempo ni resistencia había para infidelidades.

Las que andaban siempre a la greña eran las gallinas. ¡Y no digamos si se hacían lluecas y alguna intrusa se aproximaba al canasto donde germinaban los huevos o al montón donde garreaban las crías!.. En tales circunstancias, ni el propio gallo metía a su dama en cintura. Se revolvía contra el macho, y le era a este preciso guardar bien las distancias para no sufrir desazón.

Por entre gallinas y gallos andaban los conejos y coqueteaban las palomas, prontos ellos y ellas a refugiarse, al menor asomo de peligro, en las madrigueras artificiales o en el enhiesto palomar.

Para abrir un paréntesis a su existencia de hombre, desordenada y tumultuosa, y proporcionarse algún descanso en sus faenares de artista, escogió el poeta aquel retiro. Estaba harto de su vivir a lo bohemio, olvidando, no atendiendo, mejor dicho, afectuosamente —ya que materialmente lo hiciera—, las obligaciones que lo imponían su madre enferma, dos hijos menores y una mujer que fue compañera de Alejandro en las épocas de penuria. Seguía ahora a su lado, ocupando junto a los



niños el sitio que su paridora dejó libre, para buscar más tranquilidad o más placer en brazos de otro amante.

Propósito fue también de Alejandro, alquilando aquella vivienda —ya que los rendimientos de su última obra teatral se lo permitían—, estar ocioso una temporada, reparando fuerzas y deserizando, por méritos, de su silencio, la envidia que sus éxitos despertarán entre la gente del oficio.

La segunda parte del plan no consiguió realizarla. Culpa fue de un músico insigne, el primero entre los músicos españoles, que, soñando a toda hora el sueño hermoso de dar vida potente a nuestra ópera nacional, estaba en punto de lograrlo, gracias al auxilio de un hombre arriesgado y emprendedor que puso al servicio de tal empresa sus caudales, su voluntad y sus arrestos.

Reunió el músico a sus compañeros, solicitó para la empresa el auxilio de ilustres autores dramáticos y logró que cada uno se comprometiera a escribir un libreto de ópera. Los músicos se repartirían los libretos, y, una vez terminada su artística labor, a inaugurar el teatro que para tales fines estaba construyéndose y a poner las obras en ensayo con la compañía y la orquesta ya contratada.

Se componía la orquesta de profesores excelentes e iba a dirigirla un maestro que no lo era con la batuta solo; reinaba también sobre el papel pautado y tenía a su cargo musical el libreto ofrecido por Alejandro.

A punto de terminar su labor andaba el poeta. Más de un mes llevaba entretenido en ella; no pocas veces, durante ese espacio de tiempo, fue susto, con los gestos y manoteos a que lo impelían sus imaginaciones, de los habitantes del corral. Hasta asombro de los vecinos fue. Más de uno, pasando por frente del hotel, se detenía para contemplar a aquel señor «que hablaba solo». Cuando llegaba el curioso a su domicilio o departía con sus tertulios de café, afirmaba rotundamente que el inquilino del hotel de la verja dorada (por las puntas) estaba loco de remate.

Se había fijado para fin de semana la lectura del libro; y fueron invitados a ella, a más del futuro autor de la música, del compositor que dirigía artísticamente la empresa y del empresario, otros músicos y escritores.

La compañía estaba contratada ya, a falta de aviso para presentarse en Madrid y dar principio a los ensayos. Casi todos los artistas eran españoles (las óperas se iban



a cantar en español); solo figuraban como excepciones, por sus méritos especiales y por hablar el castellano como su propio idioma, dos tiples, una italiana, otra portuguesa, y un tenor milanés que competía en voz con los ángeles, según afirmación de quienes le escucharon. También debieron los tales escuchar a los ángeles, cuando entre ellos y el milanés tenor se permitían establecer comparaciones.

Faltaban dos horas para el almuerzo que, en obsequio de sus oyentes, había prevenido el poeta, y paseaba este por su despacho, revisando por vez última las cuartillas, mientras disponían el comedor, en una amplia galería de cristales, con vistas al jardín, las mujeres de la casa y un camarero, alquilado para servir la mesa.

Los manteles desbordaban en flores; el sol de un hermoso mediodía de invierno quebraba sus rayos sobre las copas de cristal; el *champagne* se enfriaba entre hielo, aguardando el minuto de espumear dentro de los vasos y de estremecer labios y narices con su picante cosquilleo.

En automóvil —era el empresario rumboso— llegaron los invitados del poeta; se sirvió el almuerzo, sazonado con sabrosas conversaciones; se descorchó y bebió el

*champagne*; humeó en las tazas el café y, mientras los invitados lo apuraban a sorbos y a chupadas y rechupadas iban consumiendo los frescos Henry-Clay, dio comienzo Alejandro a la lectura de su drama.

Mereció la obra unánimes aplausos; menudearon los parabienes para empresarios, autores y director artístico, y se dio por seguro, con aquel drama y con los otros que en el telar había, el éxito de la batalla. El maestro encargado de dar vida musical al poema manifestaba a grandes voces su entusiasmo, empinándose sobre la punta de los pies para acrecer su estatura minúscula, alzando al espacio su frente llena de inteligencia y lanzando relámpagos de voluntad y de energía por sus ojillos penetrantes.

—Nada, nada —exclamó el empresario—; en la cena del jueves próximo hay que leer el drama. Irán todos; tú el primero, Alejandro.

—No, yo no —repuso este—. Enviaré el drama y cualesquiera de ustedes —eso irá ganando el poema— me hará la merced de leerlo.

—¡Y por qué no has de leerlo tú! —preguntó a Alejandro el director artístico.



—Sabes que me he propuesto, formalmente, no entrar por Madrid en una temporada. Tengo capricho, necesidad de vivir solitario, retraído unos cuantos meses.

—No obstante esas ansias y esa necesidad —dijo uno de los tertulios—, hay que presentarse en la cena del lunes. A leer, no más que a leer —añadió—; luego, si quieres, te embarcamos, te facturamos en el automóvil de Goicoechea y te deja el automóvil en la propia cama, si tal es tu deseo.

—Pero...

—¡Pues ya lo creo que vendrás! —gritó el empresario—. A fe de Goicoechea que si no vinieses, era capaz de enviar en tu busca el tercio montado de la Guardia Civil. Vendrás. Sobre que, si faltaras, cometerías una imperdonable incorrección. Figúrate que, a más de estos y otros escritores y tocadores de postín, he invitado a la cena y a la lectura, que, sin contar contigo, anuncié, a las principales partes de mi famosa compañía; a los que me sacan un riñón por cada gorgorito. Todos llegaron ya; entre ellos la tiple que se encarga de tu protagonista. ¡Estupenda mujer! Solo por verla merece recorrerse a pie el camino que hay desde tu casa al teatro. ¡Ya verás, ya

verás! No hay escape; contamos contigo; de modo que a las ocho de la noche tienes mi automóvil a la puerta. Conformes. ¿No es eso?

—Puesto que te empeñas, conformes; pero conste que, en cuanto acabe la lectura, tomo el camino de mi conejera extraurbana. Sé cómo las gastas y no tengo humor para juergas.

—Eso tú lo verás —respondió Goicoechea—. Hasta el jueves —repitió, apretando la mano de Alejandro, que salió a despedirles.



# CAPÍTULO II

Eran fastuosas las cenas con que Goicoechea obsequiaba a sus auxiliares. Aquel hombre nació para hacer en grande las cosas; no fue por su culpa si la empresa de la ópera nacional fracasó. Tampoco la tuvieron los dramaturgos y los músicos a quien pidió ayuda. Todos cumplieron honradamente su misión. Los propios cantantes, dicho sea en su elogio, anduvieron menos engorrosos y exigentes de lo que suelen ser. Faltó para el éxito el apoyo de los de arriba, de los que llenan el teatro Real para oír ópera extranjera, de los que subvencionan ese teatro, y no tuvieron entonces para el nuevo más que un despectivo encogimiento de hombros.

Por eso, más que por falta de dinero o por mala distribución y empleo a destiempo del que había, vino aquella derrota, en la que autores y músicos perdieron ilusiones y tiempo, y Goicoechea su última peseta. Lejos de España está, peleando por rehacer su deshecha fortuna. Quizás algún día le veamos regresar triunfante y poderoso. Quien entró en Madrid con alpargatas y supo, de una aventura en otra, llenar de cheques su cartera, bien

puede alzarse de la ruina y tornar a ponerse las botas y volver, con las botas puestas, a Madrid.

Una sala del flamantísimo teatro se convertía en comedor para las cenas de los jueves. Acudió a la de este, buen golpe de invitados, y sonaban las ocho y media cuando llegó Alejandro.

—No es culpa mía —dijo— si han esperado ustedes. Échensela al *chauffeur* del gran Goicoechea, mejor dicho, a un neumático del automóvil que ha tenido a bien estallar en la Castellana; media hora nos costó el arreglo. Casi, casi estuve por hacer a pie lo que restaba de camino. Pero cualquiera lo hace con el diíta de hoy; me hubiera puesto de barro hasta las corvas, y francamente —añadió sonriendo—, ya que ustedes, por bondad, me confieren el papel de ídolo esta noche, no es cosa de poner yo los medios para que resulten de barro el pedestal y el ídolo. Bueno que lo sean, pero allá ustedes con las responsabilidades. Yo me lavo las manos.

—Ya te las lavarás con *champagne* después de la cena. Es el jabón que hace mejor espuma —exclamó Goicoechea, riendo su chiste a carcajadas.



—A más —añadió Humberto, el director artístico—, no necesitas dar excusas, porque no eres el último en llegar a la cena. Aún nos falta otro convidado. Y, salvando todos tus respetos, más principal que tú. Al fin y a la postre, tú nos traes, en ese rollo de papel, un cacho de belleza escrita; el invitado que nos falta es belleza de carne y hueso: la Fénice. Vuelve, vuelve los ojos hacia la puerta de la sala y verás si exagero.

En el marco de aquella puerta, destacando bravamente sobre los tapices rojos que la empabelloneaban, acababa de aparecer —aquí está bien empleado el verbo, porque aparición era— una hermosa mujer.

Cubría su alto y airoso cuerpo un abrigo de pieles, que se erizaban en el cuello y en el remate de las manos, para acariciar el busto y los desnudos brazos de su dueña. Era esta morena, muy morena; de nogal parecía su cutis.

Sobre el cuello redondo y fuerte se erguía una cabeza de sultana oriental; cabeza de ojos negros y apasionados, de celajes espesos, de pestañas largas, que ensombrecían los azules de dos anchas ojeras; la nariz, un si es no es respingona, se ensanchaba hacia las ventanillas, como afanosa por respirar aires de deleite; era la boca grande,

de labios rojos, de blanquísimos dientes; el mentón firme, partido en dos por un hoyuelo; la cabellera de azabache, profusa, caía sobre las orejas en naturales ondas. Un sombrero de alas cumplidas endoselaba el puro dibujo de la frente. En la boca había una sonrisa: quizás el prólogo de un beso; los ojos atraían y estremecían a la vez, tan sensual era el entornamiento de los párpados, tan profundo el resplandor de las pupilas.

El cuello, donde apoyaba tan valiente cabeza, iba a perderse, con suaves difuminaciones, en un busto opulento, sobre el cual resplandecía un collar de brillantes. El talle era esbelto, de proporciones estatuarias; los pies angostos; la mano, si no breve, bien modelada, nerviosa, de remates puntiagudos.

La voz de esta mujer, una voz grave de contralto, sonó, tal que si fuese toda ella caricia, para decir: «Perdón, señores, si tardé».

Apenas se notaba en aquella voz el extranjero acento. Tenía más bien el acento mimoso, besador, de nuestros gallegos.



Dejó caer su abrigo al largo de los hombros; mientras lo recogía Goicoechea, se desprendió los alfileres del sombrero y quedó en descubierto la cabellera negra que daba cambiantes azules al reflejo de la luz eléctrica.

Goicoechea les presentó. Al contemplarse frente a frente, al tender uno hacia otro sus manos, una igual sacudida les hizo retemblar. Los ojos de Magda se volvieron más negros, más profundos; las claras pupilas de Alejandro quedaron inmóviles, extáticas; se estremecieron sus dedos al rozarse y hubo en sus conciencias el presentimiento doloroso de una mutua pasión.

—¡Cuidado! —dijo a Alejandro Goicoechea, cuando aquel se apartó de Magda—. Es encantadora, pero temible. Defiéndete bien. Como caigas entre sus uñas, ni un Dios te saca de ellas.

Y le refirió *C* por *B* la historia de la tiple. Había nacido en Portugal, de familia empingorotada. Fue, desde pequeña, admiración de todo el mundo, por su hermosura, por su ingenio, por sus aficiones artísticas, que hicieron de ella, a los dieciséis años, una gran pianista y una prodigiosa cantante.

Quiso dedicarse al teatro, utilizar su hermosa voz y sus aptitudes dramáticas en obsequio del arte y del público. Los padres contrariaron este propósito de la hija. Eran personas muy pagadas de su prosapia, muy sometidas a ciertos imbéciles prejuicios. Bueno que la niña se dejara oír en las reuniones y hasta en las funciones benéficas; de ahí no debía de pasar, so pena de dar al traste con los respetos a que su apellido y su posición la obligaban.

Magda pareció resignarse con la decisión de sus progenitores; pero en el fondo de su espíritu palpitaba la rebeldía, pronta a exteriorizarse si las circunstancias venían en su ayuda.

Vinieron. Cierta noche, en la ópera, hizo su presentación un barítono francés, que llegaba a Lisboa precedido por una gran fama de buen mozo y de buen cantante. No mentía entonces la fama; el barítono era todo un artista y todo un apuesto galán. Magda quedó prendada de él. «¡Qué admirable conjunto formarían sus voces si se unían alguna vez sobre un escenario, al compás de una orquesta, a la luz de las lamparillas eléctricas, entre los aplausos del público! ¡Y qué deliciosa, qué envidiable pareja la constituida por ellos,



si amor les ayuntaba, cuando atravesaran las calles, ella con su tipo oriental, con su alta y graciosa estatura, con sus brillantes ojos negros, con su boca prometedora de caricias; él, rubio, elegante, de azules y lánguidas pupilas, de frente altanera, de ademán desafiador! A buen seguro no nacieron hombre y mujer más a propósito para completarse y fundirse».

Así pensaba ella. Él debía pensar lo propio, porque muchas veces en el paseo, cuando su coche se cruzaba con el de Magda, y todas las noches en el teatro, cuando iba a él Magda, los ojos del barítono se clavaban en la encantadora portuguesa, haciendo hervir su sangre y temblar su alto pecho al embate rudo del corazón.

Fue en una fiesta aristocrática, a la que Alberto (así se llamaba el barítono) acudió, pagado por cantar, y a la que Magda concurría, donde se hablaron y entendieron. Un dúo, en que el cantor puso todo su arte y Magda su alma entera, formalizó el idilio.

Magda, no pudiendo vencer la oposición tenaz de sus padres, echó por la calle de en medio y se fugó con el barítono. Fue el escándalo enorme. A poco sí los padres de la joven se mueren del disgusto. Esta, repudiada,

negada por ellos, casó con el barítono y con él salió para Milán. Su presentación en la Scala constituyó un gran éxito.

El barítono era un perfecto sinvergüenza, que se dedicó, a pocos meses de casorio, a explotar la voz de su mujer y a gastar en queridas y francachelas lo que ella ganaba. Soportó Magda tales injurias por el respeto y el amor de dos hijos, que en dos años le regalara el prójimo; pero fueron en aumento las canalladas de este, y un día la cantante huyó con sus hijos del domicilio conyugal y buscó en brazos de un amante la felicidad que no hallara en los del marido.

Desde entonces, aquella mujer empleó su existencia en gozar sus triunfos de artista y en derrochar el dinero que arrojaban a sus pies los hombres. Se gozaba en atormentarlos, en llevarlos a la desesperación o a la ruina. Cinco o seis enormes fortunas se deshicieron entre sus manos derrochonas, sin que ella guardase nada para sí; lo derrochaba todo: lo de sus amantes y lo que le producían sus contratas. Durante años su nombre llenó de adjetivos los diarios del mundo; sus locuras, de duelo numerosos hogares.



Al presente, gastada su voz por aquel vivir licencioso, tuvo que bajar algunos escalones en su categoría artística. Aún era, sin embargo, astro de magnitud; Goicoechea necesitó pagarla muy cara; lo perdido en voz, lo había ganado en arte, en expresión dramática. Por lo que toca a amores, de algún tiempo a la fecha había renunciado a gozarlos. Se hablaba de una aventura trágica, terminada con el suicidio de un príncipe ruso, añadiéndose que Magda, horrorizada, arrepentida frente al cadáver que, por ella y ante ella, chorreaba sangre del corazón, rompió con el vivir antiguo y se dedicó exclusivamente a sus criaturas y a su arte.

—Eso dice ella —continuaba Goicoechea—. Pero ¡bah!... todo será hasta que tenga un nuevo capricho de millones o hasta que alguien le entre por el ojo derecho. Según dicen, cuando esto le ocurre, es peor que cuando se entrega a un hombre por ansias de lujo, por vanidad o por derretir oro. Creo que la diva, en tales ocasiones, se agarra lo mismo que una lapa. ¡Mucho cuidado, Álex! Lo digo al tanto de que Magda, en este momento, tiene puestos en ti sus ojazos de mora.

—Déjate de bromas —respondió Alejandro, yendo a sentarse lejos del sillón ocupado por Magda.

—¡Nada de sentarse! ¡A cenar! —gritó Goicoechea palmoteando—. Alejandro ofrece el brazo a Magda. Usted, Luis, con ellos, y Magda entre los dos. Natural es que asiente entre los dos quien va a ser intérprete de la obra escrita por el uno y musicada por el otro. Ya verá usted qué drama tan hermoso, Magda. De la música no hay que hablar. Superior ha de hacerla Luis; todo lo que tiene de pequeño cuando anda por el mundo, lo tiene de grande cuando mete mano a la batuta o se pone a pintar garrapatos sobre ese papel lleno de rayitas, en que los músicos plumean. Ustedes —continuó el empresario dirigiéndose a los demás— se sientan donde les dé la gana. Yo presido, ¿eh? Me gusta ser en estas cenas el papá de la *troupe*. ¡Andando con las ostras! Cada cual se las entienda con su botellita de Sauternes.

Durante la cena pudo apreciar el escritor el talento y la cultura excepcionales de la tiple. Literatura, música, pintura, escultura, eran para ella cosas familiares de las cuales hablaba con un acierto y gusto exquisitos.



Algunas veces, durante su diálogo con el poeta, hizo Magda pausas llenas de gravedad. En el espacio de tiempo abarcado por estas pausas, sus párpados caían sobre sus negros ojos, enrejándolos con el broche de las pestañas; por entre la rejuela brotaban resplandores sombríos; hubo un momento en que Magda palideció, apretando los labios, dejando caer sobre los manteles sus manos temblonas. Alejandro se inclinó hacia ella, interesado, atraído por el encanto que de aquella criatura emanaba, y le preguntó con voz queda, casi al oído:

—¿Qué tiene usted?

Magda alzó los ojos, y, mirando al poeta hito a hito, entrando en él con la mirada, repuso:

—No es nada. No es nada; ya pasó; perdóneme usted.

Su voz salía por entre los labios como un suspiro hecho palabras. Más que sonar, rozó cálida y acariciadora en los oídos del artista.

Al llegar la lectura del drama, y en tanto duró ella, Magda, asentada junto a Alejandro, le oía sin levantar los ojos, cruzadas sobre las rodillas las manos; en los pasajes

amorosos tremaba su alto pecho y palidecía su tez; en los dramáticos, se crispaban sus dedos, arañando la sedería de la falda. Cuando terminó la lectura, dos lágrimas rodaron por los ojos de la bella oidora; se detuvieron un segundo sobre las ojeras azules y cayeron después en la cruz de carne que tejían los dedos.

No pronunció la menor palabra de elogio. Sin hablar, con el cuerpo erguido, la boca entreabierta y los ojos, húmedos aún por el viaje del llanto, llegó hasta el poeta y apretó con energía, casi con rudeza, su mano.

A ruegos de todos cantó un pasaje de *Bohemia*. Su voz entró hasta la medula de Alejandro, acompañada por el resplandor de unos ojos que parecían ensoñar los tristes amores del personaje de Murger.

Sonaron las dos sin que Alejandro hiciera intención de partir. Cerca ya de las tres, solo cuando Magda se despedía, recordó el poeta que había quebrantado su voto de retornar a la barriada campesina en cuanto finase la lectura.

—Vaya —dijo Goicoechea, dirigiéndose a la cantante—, si usted quiere, la llevaremos a casa en mi



automóvil. Alejandro nos acompañará. La dejamos a usted y luego meto a este en su nido; en su agujero, por decir más verdad. El hombre vive a ocho kilómetros de Madrid, en mitad del campo, haciendo competencia a los hurones. Si estuviésemos en verano, diría que a los grillos, porque, como habrá visto usted, Alejandro solo sale de su boquete para cantar sus versos.

Aún conservaba entre las palmas de las suyas el calor de las manos que le tendió ella al despedirse, cuando llegaron él y Goicoechea a la puerta del hotel campesino. Al abandonar el automóvil, aspiró Alejandro fuertemente su atmósfera para recoger el olor de Magda. Distraído se despidió del empresario. Antes de llegar a la casa, quedó inmóvil en una plazoleta de rosales, contemplando la luna, que se deshacía en polvo de plata, contra una nube negra, semejante a un velo de luto.

# CAPÍTULO III

Estuvo cerca de un mes sin volver a Madrid. Más abstraído, más amante de la soledad que nunca parecía. Apenas si paraba mientes en sus hijos. Buscaba para sus paseos los rincones más ocultos del extenso jardín y andaba por ellos con las manos detrás de la espalda, la cabeza caída contra el pecho y los labios en perpetuo monólogo. Del jardín iba a su despacho. Según él, para trabajar.

Cierto era que, una vez encerrado entre aquellas paredes, ponía sus cuartillas en orden, mudaba en el palillero la pluma y tomaba asiento enfrente de la mesa. Pero no trabajaba. En blanco seguía el papel, puesto delante sus ojos; seca la pluma, que su diestra oprimía; la siniestra se crispaba sobre la frente. Tras un largo espacio de silencio total, Alejandro se ponía en pie, golpeaba con el puño la mesa y comenzaba a pasear de un extremo a otro del despacho, con paso rápido, febril; otras veces se dejaba caer contra un diván; en tal postura permanecía largo tiempo, con los ojos cerrados, sin moverse, como si fuera muerto.



Así transcurrieron los días. Uno, trajo el correo una carta con sello del teatro. Los ensayos empezaban al día siguiente; era menester que Alejandro asistiera al de lectura; al menos para el reparto de papeles. A más, el músico había terminado la partitura y quería dársela a conocer. Ello sería por la noche, después del ensayo, a la conclusión de una comida con que Goicoechea obsequiaba al músico, a Alejandro y a los principales intérpretes.

Alejandro no podía faltar, hubiese sido perjudicial para los trabajos preparatorios del estreno; para el compañero, descortés.

Al día siguiente, a la hora designada, estaba el autor en el teatro. Magda le saludó sin preguntarle por los motivos de su ausencia. Solo sus grandes ojos se fijaron en los del poeta como un interrogante. Él balbuceó cuatro frases idiotas, leyó con ademán y acento automáticos; en igual forma hizo el reparto de papeles. Exceptuando las del saludo, no se cruzaron palabras entre autor y cantante. Al término de la lectura, cuando Alejandro dio su papel a Magda, le dijo:

—Ahí se lo entrego; todas mis esperanzas se cifran en usted.

—Yo me encargo de que no se malogren —repuso ella, cogiendo el papel y alzándolo hasta la altura de su boca.

Al decir esto su voz era grave, sus labios temblaban unas miajas.

—Adiós —añadió dirigiéndose a todos, pero sin apartar sus ojos del poeta.

—¡Cómo adiós! —gritó Goicoechea—. Pero ¿es que no comemos juntos? ¿Es que no oye usted la partitura?

—Me es imposible. Tengo muchas cosas que hacer. Coman ustedes solos y acuérdense de mí —añadió estrechando la mano de Alejandro—. Yo tampoco me olvidaré. ¿No es mañana el segundo ensayo?

—Sí, mañana.

—Pues entonces hasta mañana.

—Hasta mañana —balbuceó Alejandro.



Fue así, viéndose en los ensayos, despidiéndose a la salida, sin hablar de amor nunca, como el amor se adueñó de sus voluntades. Se miraban, aprovechando el uno la distracción del otro; apenas se oprimían las manos al dárselas en ademán de despedida; huían la ocasión de encontrarse solos, como si la temieran, como si retardaran el momento de que sus labios primero, y sus brazos después, hicieran realidad al ansia que agitaba sus corazones.

Y vino la noche del estreno y fue en ella, después de un éxito clamoroso para los autores y para la cante al finalizar el acto último, al caer por vez postrera el telón, entre una atmósfera de gloria, cuando Alejandro y Magda, sin darse cuenta de sus actos, sin pensar en los curiosos que llenaban la escena, se abrazaron, se estrujaron el uno contra el otro, en una plena y apasionada entrega.

—Te espero en mi casa —murmuró Magda en el oído del poeta.

Y salió corriendo, sin volver el rostro, ocultándolo entre sus manos, llenando el espacio con el perfume que se desprendía de su cabellera destrenzada.

# CAPÍTULO IV

Durante dos meses vivieron en una borrachera de pasión. Se dijera que el mundo acababa fuera del espacio que ellos con sus brazos ceñían; y era breve el espacio; cada cual de su parte mostraban empeño en reducirlo.

Descontando las obligaciones inexcusables del teatro, Magda solo para su Alejandro existía; este, aun hasta las más perentorias obligaciones olvidaba. Hicieron nido de la casa habitada por Magda y dentro del nido se adoraron.

Alejandro apenas aportaba por su vivienda, y eso que su madre, más enferma de minuto en minuto, hacía los cuidados urgentes. Hasta su madre era puesta en olvido por aquel hombre, que había hecho de su madre un culto, una imagen, que siempre salió a flote en los naufragios de su tormentoso vivir. Verdad es que había llegado a olvidarse de los hijos también. Los mismos aplausos del público, la gloria, en cuyas aras el artista lo inmola todo con brutal egoísmo, casi no llamaban su atención; su ser entero se reconcentraba, se resumía en aquella mujer que sabía ser compañera inteligente y entusiasta del poeta



en el vuelo de sus imaginaciones y ensueños; hembra ardiente, voluptuosa e incansable en las horas de goce; amiga placentera, en las que los ensoñares artísticos y los reclamos de la sensualidad les dejaban libres.

Por lo que hace a Alejandro, su entrega a Magda fue absoluta. Ella... estaba más entregada aún.

—Mira, Álex mío —murmuraba, inclinándose hacia él, acariciando con los dedos la frente de su queredor—. Al lado tuyo me creo otra. Mi existencia de mujer, que ha pertenecido a muchos hombres, desaparece por completo. Diríase que los besos tuyos, tus besos, que han llenado de alto abajo mi cuerpo y han penetrado mi alma hasta sus repliegues más íntimos, fueron como gotas cálidas de un Jordán deleitoso; ellas borran a la mujer hecha a las luchas y pasiones del mundo, para resucitar a la niña, a la mozuela cándida y soñadora, capaz de todas las bondades. Capaz de todas fue antes de que un miserable pisoteara mi inocencia y me hiciera correr en busca de otros hombres, no para pedirles placeres, para hacerles esclavos míos, para cobrarme en ellos todo el odio que el desengaño depositara en mi conciencia.

—He sido mala, muy mala, Álex mío. Jugué con los hombres, exigiéndoles, a cambio de nada, porque nada significa un cuerpo de mujer cuando sin el alma se da, su corazón, su salud, su fortuna, su vida. Su vida, sí —repitió por lo bajo—, que alguna cayó a golpe de bala a mis pies. Hoy todo se borra, todo desaparece, hasta el remordimiento. Solo estás tú; es decir, también están mis hijos; pero están como a gran distancia, envueltos por una nube color rosa, desde cuyas gasas me sonríen. Los hijos son cosa del cielo; en la tierra solo estás tú. Tú solo; porque hasta el arte, en ello me ocurre lo que a ti, ha pasado a segundo término. Verdaderamente, tanto tú como yo hemos logrado el más grande, el más inverosímil de los triunfos; hemos logrado que el arte se conforme con servir a nuestro idilio de comparsa. Parece mentira, ¿verdad? Pues no lo es. Anoche, y cuidado que la ovación fue enorme, yo no pensaba más que en ti. Esta gente no acaba de aplaudirme —decía—. ¡Y el otro —el otro eras tú— que está esperándome en el cuarto!..

—No te detengas, sigue; ¿a qué te detienes? —dijo Álex, rodeando con sus brazos el cuerpo de la amada, mal envuelto por una bata de provocadora transparencia.



—Pues me detengo a darte un beso; es decir, dos, porque con uno no me basta; ni tampoco con dos, aquí tienes la prueba.

Y depositaba, espaciándolos, alargándolos, humedeciéndolos, un beso y otro y otro entre los labios de su amante.

Siempre ocurría así. Tan abstraídos, tan dentro de su pasión vivían, que fue menester la noticia de que agonizaba su madre para que Alejandro abandonase por cuarenta y ocho horas la casa de Magda.

La madre murió; el dolor del hijo fue intenso, verdadero, profundo. Con los ojos llenos de lágrimas acompañó el cadáver de la santa mujer; en trance de caer desvanecido estuvo cuando bajaron el cadáver a la hoya y la primer paletada de tierra retumbó contra el ataúd. Arrastras le arrancó de junto a la fosa un amigo. Descompuesto, con el corazón destrozado, subió solo, porque tal fue su voluntad, al coche de duelo. Al entrar en él, bajo, muy bajo, para que ninguno le oyese, dio al cochero las señas de la casa de Magda; ganó la escalera agarrándose al pasamanos y se arrojó en brazos

de su amante, murmurando con voz nerviosa que entrecortaban los sollozos:

—He venido, sabes, he venido directamente desde el cementerio, donde queda aquella noble criatura. He venido porque, después de estar por espacio de cuarenta horas de cara a cara con la muerte, necesitaba recoger en tus brazos un poco de vida.

Y se dejó caer en el hombro de Magda, llorando, retorciéndose frenéticamente las manos, recogiendo de la boca de su querida un beso, para calentar con él sus labios, que dejara fríos otro beso: el depositado sobre la frente de la muerta.



## CAPÍTULO V

La empresa del buen Goicoechea fracasó. El público adinerado volvió la espalda al teatro nuevo, y el público pobre, el buen público, no lo pudo sostener solo.

Fracasó Goicoechea, quedaron burlados en sus nobles esperanzas autores y músicos; quedaron sin cobrar dos quincenas las partes principales y sin cobrar una semana las partes por medio, los coros y la orquesta. Goicoechea, luego de entregar su último duro como un bravo, tomó el tren y desapareció. Camino fue de América a emprender la conquista del oro, a lograrlo por todos los medios sin reparar en personas y en cosas; tal como hicieran los desaprensivos y simpáticos aventureros que siguieron los pasos de Colón, de Pizarro y de Hernán Cortés, en aquella hazaña bandidesca y heroica, que se llama la conquista del Nuevo Mundo.

Magda puso cara sonriente al desastre.

—¡Bah! —exclamó, levantando con sus dedos acariciadores la frente ensombrecida de Alejandro—.

No te preocupes, bien mío; aún quedan en ese mueble algunos billetes del banco; aún hay en aquel cofrecillo algunas alhajas, y ¡qué diantre!, como dicen los españoles, no estoy tan mal de voz que vayan a faltarme contratos. Con lo que tenemos hay para atender unos meses las necesidades de mis chiquillos en Milán y las mías en este Madrid.

—Yo... —interrumpió el poeta.

—¡Tú!... Bastante haces con acudir a tus atenciones, que no son pocas ni baratas. En España los artistas no se hacen millonarios; gracias si, trabajando mucho, puedes vivir de una manera decorosa. Te quiero con esto decir que dejes ese ceño. Sal adelante como puedas y no te atormentes por mí. Ya me las compondré para salir a flote.

—¡Tú!.. —murmuró Álex palideciendo.

—¡Yo, sí! —gritó ella, tapando con fuerza la boca de su amante—. Pero no temas; saldrá con mis propios recursos; sin hacer nada que pueda poner en nuestro cariño ni la sombra de una traición. ¿No dije que en mí había terminado la mujer loca, la criatura de vanidad y



de odio? En mí solo existe la criatura de tu amor; esa está pronta y resuelta a todo, a todo menos a perderte. Sé que entregarme a otro, sea por lo que sea, equivale a perderte. Como no quiero perderte, no lo haré. Más todavía: no lo haré, porque, aun queriendo, no podría.

Inútiles fueron por parte de Alejandro ofrecimientos, súplicas, protestas; Magda, firme en su decisión, se opuso a que hiciera nada en su auxilio. Gracias, si en fuerza de instancias, pudo el poeta conseguir que, en tanto salvaba ella sus dificultades, por virtud de nuevos contratos, le acompañara a un viaje que había resuelto emprender al monasterio de Piedra.

Alejandro quería encerrarse en este valle de prodigios para escribir, antes y con antes, un drama, solicitado urgentemente de su pluma por un empresario de crédito para un actor ilustre.

En veinte días precisaba rematar la labor; ningún sitio más a propósito para aprovechar tiempo y crear belleza, saturándose de ella, que los paisajes regados por el Piedra y cantados por él con la voz áspera de sus cascadas.

Era la estación invernal; no había, por consiguiente, en el monasterio viajeros. Allí se acomodó la pareja, en una amplia celda que doraba el sol de mediodía. Los recios muros la hacían impenetrable al frío; un frailuno brasero ayudaba a los muros en su hospitalaria faena.

A fe, que de resucitar el buen religioso, habitante de aquella celda, hubiese abierto ojos tamaños, viendo la clase de inquilinos que por la puerta se le entraban. Bien es cierto que, si los espíritus vuelven, según creen los espiritistas, a los lugares por los que tuvieron predilección en vida los cuerpos que ellos animaron, los espíritus de los frailes de Piedra no podían ya sorprenderse de los nuevos vecinos. A todo se hace uno en este mundo; en el otro —si le hay— es de suponer que ocurra lo propio; y van muchos veranos desde que las celdas de Piedra se transformaron en fanales para recoger lunas de miel más o menos legalmente legítimas.

¡Encantadores días para Alejandro y para Magda los que pasaron en el monasterio!

Bien de mañana, cuando no amenazaba lluvia, bajaban al valle cogidos por el brazo; él con las cuartillas dentro de un libro que hacía, sobre sus rodillas, veces de mesa



de trabajo; ella con un libro también, para leer mientras él escribía. Ni una sola vez le interrumpía durante su faena. En silencio alzaba, para contemplarle, las pupilas del libro, o se alejaba por entre los boscajes, internándose en ellos, enviándole desde lejos los ecos de su voz. Al oírlos, levantaba Álex la cabeza; pronto volvía a su tarea, recogiendo aquellos ecos como un encanto más, como un dulcísimo acicate que avivaba su inspiración.

Terminado el almuerzo, luego de distraer un par de horas en paseos encantadores, tornaban, él a su trabajo, a sus silencios ella. Algunas veces, al caer de la tarde, cuando la luz casi no llegaba al papel, cuando el crepúsculo se convertía en noche y el poeta, sin darse cuenta de ello, seguía escribiendo, escribiendo a obscuras, Magda se acercaba a él de puntillas; ceñía su cabeza con una corona de laureles y, besando la frente por aquellos laureles ornada, murmuraba quedo, muy quedo:

—Vamos, poeta, despídete ya de la musa; dile que se vaya a dormir y que me ceda el puesto. Acabaron las horas de arte. Dejemos que suene para nuestras almas la hora divina del amor.

Ya de noche, enlazados por las cinturas, subían las verdes cuestas que hacia el monasterio conducen. Sus imágenes se dibujaban en la sombra como figuras de leyenda; el rumor de las cascadas era tercero misterioso de su lenta y muda ascensión; las flores incensaban el viaje de los felices amadores; a tientas ganaban la escalera señorial; a tientas entraban en su celda, y llegando, más juntos cada vez, al amplio balcón, adoselado con festones de hiedra, daban su adiós al valle, sumergido en la sombra.



## CAPÍTULO VI

Estaban juntos al pie de la cascada, que, herida por los rayos solares, se desplomaba en la ancha taza de basalto. Cola del caballo llaman en Piedra a esta cascada, y tal parece; solo que es cola de un caballo monstruoso, cuyo frenético galope imita el río en su marcha hacia el salto.

Tiene la Cola del caballo, a más de otras bellezas, la de formar líquido cortinón, a medio correr, sobre una gruta que sirve de palacio y nido a centenares de palomas.

Estas palomas salen y entran por los huecos que deja libres la cortina de espumas: bañan su plumaje en las gotas de agua, salpicadas por el torrente; vuelan en torno de la taza; se acarician sobre las rocas, tapizadas con musgo; se saludan desde los arbustos próximos al despeñadero y dan un paseo último por los límites del cielo azul antes de acostarse en el nido que plumearon sus picos.

Juntos estaban Magda y Alejandro frente a la Cola del caballo. Era su lugar favorito. Jugaban y se perseguían,

allí como chicuelos que empiezan a ser mozos, cuando eran realmente una mujer y un hombre que se resistían a ser viejos.

Ella frisaba en los treinta y cinco; él en los treinta y ocho. Sin embargo, hubiesen dado envidia a otras juveniles parejas con las efusiones de su amor: acaso porque su amor unía a las frescuras de la mocedad la experiencia de la vejez, acaso porque el amor de las parejas nuevas es el primer amor, y el de ellos podía ser el último. El último amor hace con los amantes lo que el sol con el cielo durante el crepúsculo vespertino: teñirlo de fuego antes de cubrirlo de sombras.

Frente a la Cola del caballo habían asentado bajo la sombra de un nogal. Magda tenía abierto sobre la falda *Fuoco*, de D'Annunzio. Alejandro borroneaba en sus cuartillas.

De vez en cuando dejaba Magda de leer para contemplar a su amado; de vez en cuando dejaba él de escribir para besarla con los ojos.

Alejandro llevaba siempre consigo una escopeta. La llevaba como hubiese podido llevar un bastón o un



paraguas; ni tanto aún: el bastón hubiese podido ofrecerle sostén; el paraguas, librarle de la lluvia. La escopeta solo le servía de estorbo. Ni una vez en aquel mes largo de absoluta felicidad hizo intención de dispararla.

Las palomas pasaban y repasaban sobre sus cabezas sin que la escopeta de Alejandro las amenazara en su vuelo. Hubieran podido plegar las alas y acostarse entre Magda y él como en su nido propio.

Aquella tarde, los amantes no mostraban en sus miradas y actitudes la dicha plena de otras veces. El correo les había traído dos cartas: llevaba sello de Italia la destinada a Magda, el de España la de Alejandro. Vinieron juntas, como si cada una de ellas, sola, no se atreviera a traer la mala noticia.

Eran nuevas del mundo real, que en su loca pasión habían olvidado. Obligaciones desatendidas, deberes quebrantados, cosas y criaturas suyas que ahora se presentaban a ellos para decirles por las bocas negras de unos rasgos de tinta: «¿Hasta cuándo? Cuando los seres tienen echadas sus raíces en un sitio, en ese sitio y para esas raíces necesitan vivir».

Los dos, por no afligirse, se habían ocultado el contenido de las cartas. Pero los dos estaban tristes. Ya no alzaba Magda los ojos del libro de D›Annunzio para buscar los de Alejandro; los alzaba para ponerlos en los límites del horizonte, para atravesar con ellos leguas y más leguas, para llegar donde cosas y criaturas suyas lloraban la ausencia y el desamparo y el olvido.

Tampoco se alzaban de sobre las cuartillas los ojos de Alejandro para mirar a Magda; también caminaban por el espacio buscando cosas y criaturas olvidadas, que la carta, traída por el correo, recordaba imperiosamente.

Magda cerró el libro con ademán nervioso. Alejandro arrugó las cuartillas con rabia. Ella se levantó y echó a andar, perdiéndose entre la arboleda. Él se alzó, casi al mismo tiempo, apretando los cañones de su escopeta.

Un ruido alegre de alas le hizo levantar la cabeza. Cinco o seis palomas revoloteaban en la atmósfera.

Fue rabia, ansia estúpida de matar muchas cosas a un tiempo. Alejandro se echó la escopeta a la cara; sonó el tiro y una paloma cayó a tierra aleteando con angustia.



Al ruido del disparo llegó Magda corriendo:

—¿Por qué la mataste —exclamó—. ¿Qué daño te hizo? Ahí dentro, en el nido, estarán sus hijuelos. ¡Pobres hijos aquellos que cuando necesitan cariño y protección, se hallan sin los de la madre o sin los del padre!..

No se miraron. Echaron a andar uno junto a otro con la vista baja, puesta en la alfombra de verdura, bordada con violetas.

***

Es necesario que mañana vuelva a Madrid, decía Magda, sollozando en la obscuridad, abrazada al cuello de su amante. Allí buscaré forma de arreglar algo, un contrato, sea el que sea; conoces la carta; la necesidad urgente expresada en ella de poner remedio a una situación que puede traer la miseria a mis hijos. Necesito arbitrar recursos. Por mí nada me importaría; por ellos y para ellos a todo estoy pronta, hasta a una separación nuestra, que aun siendo, como será, breve, me arranca el alma de la carne.

—Yo...

—Tú, ¿qué vas a hacer? Gracias que puedas atender a los tuyos. ¿Crees que, aunque tú me lo ocultes, no sé lo que dice la carta que te trajeron hoy? Lo que la mía, apuro más o menos. Acaba tu drama, estrénalo; haz frente a tu situación como a la mía yo. Te pondré al corriente de todo; de mi amor, de nuestro amor, no precisa que hablemos. Seguros de él estamos; acaba cuanto antes para ir en busca de tu Magda.

—Y tú...

—Me iré mañana. No hay manera de retardar el viaje.

Al día siguiente, el coche donde partía Magda se fue perdiendo entre nubes de polvo por la carretera blancuzca.

Alejandro la miraba alejarse desde el gótico portalón.



## CAPÍTULO VII

Cuando, finada su obra, pudo Alejandro dejar el monasterio, Magda se había ausentado de Madrid.

La perentoriedad de las circunstancias y el no hallar un contrato teatral en condiciones aceptables, la obligaron a constituir sociedad con otros artistas y a embarcarse en Barcelona al objeto de dar conciertos en las Islas Canarias y Azores. Después, ya vería. Lo urgente era ganar dinero para atender a las urgencias de Milán; a las más inmediatas, se entiende. «Las otras... Aún queda tiempo para ocuparme de las otras —escribía Magda en una de sus cartas—. Vamos a lo presente; tú, amor mío, termina la comedia cuanto antes, estrénala con el éxito, que doy por descontado, y en cuanto reúnas unos centenares de pesetas, métete en un vapor y ven a mi lado; sin ti se me vuelven siglos los minutos ¡Tengo tantos besos hormigueándome en la boca!».

A la carta acompañaba un retrato de Magda. La representaba en la escena última del drama lírico de

Alejandro, estrenado por ella en el fracasado escenario de Goicoechea.

Estaba hermosa Magda en aquel retrato. Un gesto de supremo dolor crispaba su rostro; sus manos se cruzaban sobre el pecho en actitud de orar; el pecho se mostraba desnudo por entre la túnica desgarrada; los ojos se alzaban en dirección del cielo, como si angustiados le implorasen; la suelta cabellera caía por los hombros como un manto de viuda.

«*Al mio signore*» —decía la dedicatoria.

Toda su voluntad empleó Alejandro en que su drama se ensayara y representara cuanto antes. Ocurrió ella a los veinte días de empezar los ensayos.

El éxito fue para el autor más abundante en ovaciones que en billetes del banco. Dio los bastantes, sin embargo, para que Alejandro atendiera los atrasos que afligían su hogar y se reservara para el viaje a Canarias un millar de pesetas.

Sin hacer caso alguno de quienes entre lágrimas le suplicaban que permaneciera en Madrid, embarcó para



Barcelona. En Barcelona recibió otra carta de Magda. «Te espero con el alma y los brazos de par en par abiertos —decía la carta—, ven cuanto antes. Me haces falta, mucha falta, amor; más falta que nunca».

A las veinticuatro horas de leída esta carta tomó pasaje el escritor en un trasatlántico.

Interminable se hizo el viaje para él. Como un tormento aceptó la escala de Cádiz. Al fin zarpó el buque. Al amanecer del siguiente día perdieron de vista la costa; no hubo sino agua y cielo enfrente de los ojos.

¡Mar!.. ¡Cielo!.. En la situación de su espíritu, aquella majestuosa soledad placía a Alejandro; no se cansaba de admirarla, de seguir silenciosamente el viaje de las olas y de las nubes.

De día, el sol, extendiéndose, como soberano único, por su dominio azul, y el mar recibiendo los besos del sol con lascivo espasmo de hembra sedienta de caricias. De noche, las estrellas, asomando curiosamente por los ventanales del espacio para presenciar la procesión inconcluible de las olas; las olas vistiéndose de blanco para recibir el beso maternal de la luna...

¡Siempre igual!.. Monotonía que no cansa, porque la forman dos grandezas que se juntan con los límites del horizonte para saludarse y ayuntarse. ¡Cópula sublime del infinito con las olas! ¡Qué hermosos son sus hijos, coronados unas veces por llamaradas de oro y guirnaldas de espuma; otras, por rayos lívidos y ráfagas de tempestad!..

Esta ausencia total de la tierra, este aislamiento púdico y celoso del cielo para celebrar con el océano sus nupcias, producía en el ánimo de Alejandro impresión honda, grave recogimiento. Le parecía que las ondas azules de la atmósfera y las ondas verdes del mar formaban una estufa gigante, un templo de cristal, un laboratorio sin paredes, donde su conciencia podía depurarse, destilar su esencia idea a idea y sentimiento a sentimiento.

Sumido en tal contemplación, apenas hablaba con nadie. El trato con las gentes del barco le causaba molestia; tedio, el eco de las voces humanas. ¡Voces humanas! Solo una hubiera querido él oír y esa estaba lejos aún; la voz de Magda.

De ahí su amor por la soledad, por el apartamiento; su ansia de hablar consigo mismo, de entablar esos diálogos



de uno con uno propio, durante los cuales el hombre se duplica, se convierte en dos hombres que conversan, interrogándose.

Horas hermosas estas; en ellas, la realidad es sueño y el sueño realidad espiritualizada.

Uno de estos sueños, uno de estos deliciosos cinematógrafos en que ve uno dentro de sí con los ojos cerrados, gozaba Alejandro en su litera, cuando despertó súbito; sin que ruido, golpe ni voz algunos le dieran motivo para ello.

Se vistió a tientas y a tropezones subió la escalera que a la cubierta conducía.

Estaba el mar tranquilo; bajo el cielo se tendía una franja color perla; el buque partía con su estrecha proa las aguas silenciosas. Lejos, a distancia grande, a su derecha, en el fondo del horizonte, vio Alejandro contornearse un astro rojo, una gran pupila incendiada, que parecía vigilar el rumbo del buque.

—El faro de la isleta —dijo un marinero.

La franja color perla, extendida entre cielo y mar, se fue agrandando poco a poco, adquiriendo tonos más vivos. Se tiñeron olas y nubes de ópalo. Una luz pálida, trémula, confusa, coloreó el espacio; el faro de la Isleta perdió sus reflejos brillantes; brilló menos, menos... hasta extinguirse. El sol asomó sobre el mar su cabezota de cabellos rubios y la tierra canaria surgió delante del viajero.

Alejandro quedó sorprendido de la aridez de aquellos montes, modelados como la musculatura de un titán, abiertos inútilmente al polen solar, como matrices infecundas.

¡La tierra canaria!.. ¡La ciudad de Las Palmas!.. ¡Las casitas blancas!.. ¡El puerto!.. Momento supremo, a ningún otro comparable, fue para Alejandro aquel de su arribo a la estación última, entre el chirriar áspero de las cadenas, el golpear sordo de la hélice y el pitar agrio de la máquina.

En el muelle, empinándose sobre la punta de los pies, para verlo antes y mejor, estaría Magda; sus ojos escudriñarían la distancia; con latidos de su corazón contaría los avances del buque. Este dio fondo; por



docenas se acercaron lanchas a su costado; en ninguna de ellas iba Magda; no la vio tampoco en el muelle.

Maquinalmente subió el viajero a un coche.

—Al hotel de Inglaterra —dijo.

# CAPÍTULO VIII

—¿Por qué no viniste a buscarme? —preguntó Alejandro a Magda, que le aguardaba en el patio encristalado del hotel—. ¿Por qué me recibes aquí? De no ir al muelle, mejor hicieras esperándome en tu habitación: allí al menos, después del vía crucis que me ha significado el camino desde el muelle a la fonda, hubiera podido recoger con los míos esos brazos y esa alma abiertos, según tus palabras escritas, de par en par para recibirme. Aquí, un sencillo apretón de manos. ¿Te basta con él?

—No seas niño, Álex. No fui a esperarte porque en esta ciudad hay que cubrir las apariencias. Es un público muy meticuloso; a más, se cree con derecho para intervenir todas las acciones del artista. Desgraciadamente ahora, menos que nunca, podemos prescindir del público. A no ser por estas razones, ¿crees que no hubiera ido a buscarte en una lancha, al costado del buque y que no hubiera sido antes que ninguno en subir para recibirte en mis brazos? Ya los tendrás. Te he aguardado aquí porque tu arribo se conoce. No eres un cualquiera; tu nombre es



popular entre los isleños; algunos literatos y periodistas aguardan, para saludarte, en el salón.

—Vamos allá, puesto que es menester. Pero te juro que haré todo lo posible por abreviarles la visita.

—No lo conseguirás; algunos se quedarán a almorzar contigo. Culpa de todo ello tiene ese condenado vapor que no entró en bahía después de medianoche. ¡Maldito sea el concierto de hoy, que, hasta esa hora, nos priva de estar solos!

—¡Hasta esa hora!

—¡Claro! Tus admiradores y los míos se pondrán de acuerdo para no dejarnos tranquilos hasta que termine el concierto. Luego...

—Luego ¿qué?

—Nuestras habitaciones están la una cerca de la otra, pero no inmediatas; me ha sido imposible lograr que desocupen la de al lado. Paciencia —añadió—; esta espera nos hará la noche más grata.

Alejandro, apretando amorosamente las muñecas de Magda, la miró un segundo hito a hito.

Había igual reflejo apasionado en los ojos negros de la actriz; igual temblamiento besador en su boca; igual abandono de entrega en su actitud. Era la enamorada de siempre; más lo parecía, en aquel minuto, por obra del deseo, que hacía hervir su sangre. Sin embargo, algo, como un tenue velo de tristeza, se extendió por el rostro de Magda; contemplándola atentamente, se observaban sobre las ojeras azules, ensanchadas por la pasión, surcos dolorosos; al sonreír se crispaban con angustia sus labios, su cuerpo era sacudido de raro en raro por estremecimientos bruscos.

—¿Qué tienes? —preguntó Alejandro muy quedo—. Hay algo en ti que trae dudas y tristeza a mi espíritu.

—Tristeza, acaso; dudas no las debes tener; no hay motivo para que las tengas. Ya hablaremos de todo eso más tarde, cuando nos dejen solos. Vamos al salón. Tus admiradores aguardan.

En el salón esperaban algunos periodistas de la localidad, un par de literatos, la mayor parte de los



artistas que tomaban parte en los conciertos y media docena de curiosos, de esos que acuden al arribo de toda novedad, sea ella la que fuere, más por vanidad de decir que fueron los primeros en mirarla de cerca que por cierta y razonada admiración.

Entre estos admiradores había un señor alto, de bigote rubio, elegantemente vestido. En su ojo izquierdo relucía un monóculo, sujeto al ojal de la americana por un hilo finísimo de oro.

—Lord Belcomend —dijo Magda cuando tocó al inglés el turno de su presentación. Un fervoroso admirador de todas las artes, que me pidió anoche en el teatro ser presentado a usted.

—Honra grande que debo a esta bella señora —repuso el lord inclinándose ante Alejandro.

—Vamos, si ustedes gustan, a almorzar —interrumpió uno de los periodistas—. El trasatlántico vino tarde, y son muy cerca de las dos.

Fue el almuerzo aburrido, de pura etiqueta. En vano se esforzaron todos por darle carácter de franca intimidad.

A mayor número de molestias, Alejandro veía claramente que estaba en la mesa, como los cadáveres en la disección, para ser observado, analizado, y dicho se está que despellejado y escalpelizado por aquellos dignos señores.

El único de entre ellos que no se metió en tal faena, al menos no descubrió la intención de realizarla, fue el inglés. Con cortesía aristocrática se ocupó de todos y de todo, demostrando, sin pretensiones, una gran cultura y una exquisita educación. Para Alejandro tuvo muy sinceras y atinadas frases de elogio; le habló de sus libros, de su teatro, probando conocerlos a fondo, y le invitó a realizar excursiones por la isla en un *yacht* de su pertenencia que tenía anclado en el puerto.

—Claro —añadió— que el *yacht* está a la disposición de esta dama y de estos amables señores.

—Yo —dijo después, inclinándose para hablar a Alejandro— vivo en mi barco. Tengo en él más comodidades —para mi gusto— que pudieran proporcionarme los hoteles mejor montados. De veras que me es muy molesto pasar la noche fuera de mi *yacht*. Es mi patria ambulante. Voy en él mar adentro; hago alto



cuando hallo cosas o personas dignas del anclaje, y torno a emprender mi camino por cima de las olas. Son buenas compañeras. En esto no concuerdo con Shakespeare. Él las llama pérfidas. Las olas y la mujer solo son pérfidas cuando no se las trata bien o cuando no mide uno bien el momento de acometerlas y la ocasión de huirlas.

Diciendo esto, el lord jugaba, como distraído, con el hilillo de oro, y paseaba su monóculo de Alejandro a Magda.

Aquel hombre, no obstante su cortesanía y discreción, fue antipático a Alejandro; entonces, sin motivo; luego, lo supo pronto por una de las cantantes compañera de Magda, porque se mostraba muy asiduo con esta y le hacía corte, si discreta y respetuosa, tenaz.

Tuvo, sin embargo, que ir, en su compañía y en la de los otros comensales, a visitar los edificios notables y los museos de Las Palmas; después a recorrer los alrededores, y al caer de la tarde al casino a tomar el *whisky*. Bien lo exhibieron sus admiradores y colegas. Como santo en procesión fue paseado por toda la ciudad; ya eran las nueve cuando le dejaron en su hotel. Ni comer consiguió con Magda; el concierto empezaba a las nueve y media, y

la tiple se había ido al teatro cuando su amante entró en el comedor.

El teatro se convirtió para el viajero en un potro inquisitorial. Mientras Magda estaba en el escenario, no podía mirarla plenamente, a su gusto, para no dar margen a la murmuración de los abonados, que más tenían puestos los ojos en él que en la escena. Cuando entró en el cuarto de Magda estaba tan lleno de señoritos palmesanos, que apenas le permitieron un aparte con ella.

Sobre un veladorcito había un gran ramo de flores.

—Es del lord —dijo Magda contestando a la pregunta que, con los ojos, le hizo Álex.

—Me envía uno todas las noches —agregó con voz y gesto indiferentes.



# CAPÍTULO IX

—Y ahora, habla, habla —exclamó Alejandro ansiosamente, cuando solo con Magda y ya el deseo satisfecho, pudo hacerle preguntas—. ¿Qué tienes? ¿Por qué esa tristeza, esa preocupación, que ni la dicha ni el placer de ser mía y hacerme tuyo han podido borrar del todo? ¿Qué tienes? ¿Qué pasa?

El relato comenzó trabajosamente, entre titubeos, encubierto con frases ambiguas, que la delicadeza, el temor de apenar a Alejandro, hacían que Magda prolongase. Al fin se lo confesó entre sollozos, que subían por su garganta arriba, entre lágrimas, que iban cayendo, anchas, espaciadas de sus ojos de dolorosa.

La situación de Magda había llegado a ser extrema. No se lo escribió antes por no entristecerle, por no poner en su alma duelos, que no podía remediar. Su casa de Italia, los muebles de su casa de Italia, empeñados, desde antes de ir la tiple a Madrid, en muchos miles de pesetas, estaban a punto de vencer y ella sin recursos para levantar el embargo. A falta de pago, desde algunos meses atrás,

estaba también el colegio donde se instruían sus hijos, un casi mozo de quince años y dos muchachas, de doce años la mayor, de diez la pequeña. Posible era que no aguardasen más los directores de aquellos colegios; que expulsaran a sus criaturas. «¡Qué hacer! ¡Qué hacer! —sollozaba Magda, engarfiando sus dedos en la deshecha cabellera—. Mis alhajas están vendidas o empeñadas. Este negocio es un desastre: ni para vivir con decoro produce. Los empresarios parece que se han puesto de acuerdo para hacer de mí caso omiso. ¿Comprendes ahora mi desesperación, Álex? ¿Te explicas la tristeza, la angustia que has visto en mi rostro al mirarme?».

—Yo te salvaré del conflicto. Mis obras, mi pluma, todo está a tu disposición. Manda.

—¡Qué voy a mandarte! ¿Y los tuyos? Tú también tienes hijos; también necesitas cumplir deberes en tu casa de España. ¿Qué puedes hacer tú por mí? ¿Voy a exigirte que sacrifiques a tus hijos por mí?

—¿Voy a tolerar yo que, por mi causa, sacrifiques los tuyos?



Hubo una pausa larga, llena de temores y angustias. La mujer seguía llorando; el hombre, con la frente hundida entre los puños, golpeaba el suelo con el pie.

Magda fue quien rompió el silencio.

—¡Bah! —dijo secando su llanto y forzando su boca para mentir una sonrisa—. Saldremos adelante. No te apures. Nuestro amor tiene fuerza para levantar mundos.

—¡Nuestro amor!

—Él nos sostendrá. ¡Ah, dinero maldito! —siguió diciendo Magda—. ¿Por qué ha de tener fuerza para matar la dicha? ¿Por qué ha de poner nubes en esta noche de ventura? ¡Y pensar que ese lord, ese excéntrico que, por capricho, me corteja, con solo desprenderse un año de su renta y regalárnosla a nosotros, nos haría felices!

—¿Te corteja el lord?

—Tonterías. Pasatiempos con los que entretiene su *spleen*. Nada serio. Nada serio por parte de él. Por la mía, no es preciso afirmarlo, ni en serio ni en broma. No le doy de hombro porque es la corrección andando. Y, con

toda su gravedad, capaz de los disparates mayores. La otra noche decía, que por una mujer de su gusto y por lograr el cariño de esa mujer, sería capaz de tirar toda su fortuna y de echar a pique su *yacht*, cuando el dinero se acabara, con la mujer y con su roja personilla, dentro, por supuesto, del *yacht*. ¡Luego hablan de los andaluces! Encuéntrame uno comparable a ese gran embustero de la Gran Bretaña.

—Quizás no mienta y sea capaz de hacerlo tal y como lo dice. Parece hombre de voluntad y arrestos —murmuró Alejandro lentamente.

Amanecía cuando el artista dejó el cuarto de Magda.

Al entrar en su habitación abrió los balcones; una luz pálida llenó la alcoba, envolviéndola como en una neblina. Entró aquella neblina, que daba a Alejandro apariencia espectral, quedó este silencioso, hundido en un amplio sillón, con los ojos puestos en el horizonte, limitado por las oceánicas brumas.

Pensaba en su conversación con Magda; y pensaba que él no podía salvarla del desastre. Al pensarlo se llenaba su conciencia de espanto.



Súbito se hizo presente en su imaginación la escena ocurrida durante su estancia con Magda en el monasterio de Piedra: Aquel tiro que dio muerte a una paloma al mismo pie del nido; aquel grito de Magda, horrorizada de la acción; aquellas sus palabras: «Es infame dejar, por satisfacer un capricho, un deseo, desamparado del padre o la madre, un nido».

¿Y no era por satisfacer, si no un capricho, una pasión, por lo que Magda quería dejar sin amparo su nido de Milán? ¡Tres criaturas que solo contaban con ella!..

Después, aunque de momento el amor pudiera más que todo; aunque Magda sacrificara a ella y a sus hijos por el cariño de Alejandro; aunque Alejandro, dominado por su pasión, consintiera sacrificio tan bárbaro, ¿no llegarían unas horas tras otras? ¿No advendría una en que, por el amor de los hijos, por las brutales urgencias de la vida, Magda tuviera que traicionar a su amante, y tuviera este, si quería seguir poseyéndola, que cerrar los ojos y convertirse en un rufián?

¿Que eso no ocurriría? ¿Que Magda, por el amor de él, sería fuerte contra todo?

Ahora zumbaban en los oídos de Alejandro las frases que pronunciara el lord durante el almuerzo.

«La mujer y la ola son pérfidas, si no mide uno bien el momento de acometerlas y la ocasión de huirlas».

Así hablaba el inglés, aquel hombre pronto a echar su fortuna a las plantas de una mujer. Y el inglés cortejaba a Magda, y Magda vela su hogar en desamparo, próximo a la miseria.

—¡El momento de huirlas! —repitió Alejandro, dejando caer la cabeza sobre el respaldo del diván.

Un sol rojo metió por la vidriera resplandores de incendio.



# CAPÍTULO X

Tres horas después, Alejandro embarcaba en un bote e iba a bordo de un trasatlántico alemán llegado la noche anterior.

Cuando volvió al hotel para almorzar con Magda, su cara estaba lívida.

—¿Qué tienes? —preguntó ella.

—No sé, nada; me di un paseo por el mar... Como hay oleaje, me he mareado un poco.

Por la noche en el teatro, durante el intermedio, invitó Alejandro a sus compañeros de almuerzo a tomar un *whisky* al otro día, en el hotel, en el cuarto que él ocupaba. La hora señalada fue la del medio día.

—Guárdenme el secreto —les dijo.

Hasta el alba permaneció al lado de Magda. Nunca hubo más pasión en las caricias del poeta. Eran sus

abrazos como el asimiento doloroso a un ser querido que vamos a perder para siempre.

—Hasta luego —exclamó al despedirse, dejando un beso mordiente en la boca de Magda.



## CAPÍTULO XI

Cuando sus invitados llegaron al cuarto del artista, hallaron a este en traje de viaje; su maleta, cerrada, oscilaba sobre una silla.

—¿Qué es esto? —preguntó un visitante, mientras servía el camarero el *whisky*.

—Un telegrama recibido anoche reclama mi presencia inmediata en Madrid. No les dije nada en el teatro, por evitar despedidas en público. Perdónenme: excúsenme con la hermosa tierra canaria por no rendir a sus encantos el homenaje que merece, y adiós, amigos míos, el vapor toca el bocinazo de llamada. Adiós, continuó, echándose el guardapolvo al brazo, y crean ustedes que, con haber sido tan breve, nunca olvidaré mi estancia aquí.

La puerta de la habitación se abrió en aquel momento. En ella apareció Magda, tan pálida, con palidez tan blanca, que parecía una estatua de mármol.

—¿Se va usted? —balbuceó, apoyándose en el respaldo de una silla.

—Sí, Magda; adiós.

No hubo más. Alejandro ni siquiera volvió la cabeza para mirar desde la calle a Magda, que sollozaba en su balcón.



## CAPÍTULO XII

Al desaparecer la tierra canaria de su vista, Alejandro, acodado en la borda del buque, murmuró:

—Acaso algún día estime mi acción en lo que vale. Haciendo lo que hago, podremos estimarnos siempre. De otra suerte, hubiéramos concluido por despreciarnos.

Con brusco ademán se desabrochó la americana; del bolsillo interior sacó una cartera y de esta el retrato de Magda. Lo contempló largo rato en silencio; lo acercó a sus labios después, respetuosamente, y lo dejó caer en el océano.

Sobre él flotó la imagen, que fue alejándose, alejándose, mecida por las olas, como el cadáver de un naufragio.

# *ESTRELLITA DEL ALBA*

## NOVELA GITANA

### I

Estrellita del Alba. Por este nombre la llamaban los trianeros. La espartería de su padre era, mejor que una espartería, una colmena, según la de zánganos que rondaban sus alrededores. Y eso que el *zeñó* Curro Piques tenía mal carácter y aun con sus cincuenta y ocho sobre las costillas, se ponía, cuando le hurgaban, en actitud de rompérselas al más guapo.

Ni el *zeñó* Carro Piques, ni los tres hijos suyos, chalanes de ocupación y raza, tenían los aguantes largos y el vino cariñoso. Pero la niña era un primor; y los gitanillos y no gitanillos del barrio, sin contar el sevillano señorío, galleaban por el frontis de la espartería, al fin un si es no es astronómico, de ver cuándo y cómo se hacía luz la Estrellita del Alba.

El *zeñó* Curro llevaba dibujado el mapa de España sobre las plantas de los pies, y guardaba en sus tobillos y muñecas señales de toda la brazaletería carcelaria.

Hizo lo suyo por caminos, montes y ciudades. Visitó Ceuta, el Peñón, Melilla, Chafarinas..., y a los cincuenta de su edad, cansado de turismos, y con buen golpe de onzas entre los pliegues de la faja, se acogió con la Deslumbres, su mujer, y cuatro *chorreles* de ella habidos, a la faraónica Cava, resucitó a vivir en paz absoluta, primero con la Guardia Civil: después, por lo que pudiese tronar allí arriba, con Dios.

Alquiló a su objeto una casa con puerta a la calle y portón al campo. «*Zolo el Eutarpe zabe lo que pué ocurrir en er mundo*» —decía el *zeñó* Curro.

En la tienda que formaba parte de la casa, montó la espartería. Se hizo con hábiles trabajadores; puso a cada hijo un puñado de onzas en las manos para que se las buscasen con las bestias; puso a la niña un amuleto de corales para evitarle tentaciones; puso a su mujer —muerta a los pocos meses de tranquilidad— un hábito del Carmen y una caja con galones de oro, y se dio al esparto, oficio en que era maestro, y al vino, culto en que resultaba, al empezar sus juergas, primer sacerdote, al concluirlas sacerdote exclusivo, por ser el único oficiante que sabía tenerse en pie.



No daban sus obreros abasto a la construcción de sermones, capachos, espuertas, frontiles, cubiertas, aguaderas, tencas y sogas. No cesaban de entrar y salir por el trastero portalón, caballos, mulas, burros, con beneficio cierto para la casa en sus entradas y salidas. El *zeñó* Curro Piques vivía satisfecho y pasaba sus horas, bien en la taberna de Berrinches, bien a la puerta de su fábrica, mascando puros y entonando un cantar, que siempre era el mismo, con ligerísimas variantes:

*Dice José María:*
*yo nada temo*
*mientras que mi bocacha*
*pueda hacer fuego;*
*mientras que mi bocacha*
*pueda hacer fuego;*
*mientras que mi caballo*
*no caiga muerto.*

En José María encarnaba para Curro Piques el superhombre, clasificado por Nietzsche en su zoología literaria y social.

No más que una inquietud desasosegada al gitano: Estrellita.

Aquella chavala tenía los *mengues* en el cuerpo. Todo el salvajismo de la raza retemblaba en sus nervios y se revolvía en su sangre.

El atavismo del camino, del bosque, de la vida merodeadora y ambulante, resplandecía en ella. Miraba la casa tal que si fuera una prisión.

De niña, al menor descuido de sus padres, franqueaba la puerta y se iba con los gitanillos a las márgenes del Guadalquivir, a robar melones, a comerlos oculta tras las matas, a aprender sortilegios y naiperías, a revolcarse por las hierbas como un cachorro de alimaña selvática, a enfangarse el cuerpo con la arena húmeda del río, a enfangarse el alma con las enseñanzas de sus compinches.

No valían a evitarlo sermones y palizas; y cuenta que la Deslumbres arreaba firme y el *zeñó* Curro tenía mano de almirez. La muchacha, despreciando las palizas y los sermones, rompía el freno. Era una cebra por lo indómita y por lo gallarda.

De mozuela siguió lo mismo. Que no la hablasen de recogimientos, de actitudes modosas y vestires de *suposición*.



Su pelo tenía que ser mata de claveles, de nardos, de alelíes, de rosas... de las flores que produjese la estación. Su traje arlequín, donde campanearan los verdes, los azules, las amarillos y los rojos; sobre todo los rojos; su vivir, libre y zahereño. También ponía, a semejanza de su padre, un cantar único en la boquita de rubí:

*No quiero yo seas, no quiero yo randas,*
*no quiero arracás de aljofa y coral;*
*ni quiero yo plata, ni quiero postines,*
*solo quiero flores y aire y libertá.*

¡Y cómo cantaba Estrellita del Alba, las melancólicas seguidillas *cañís*!.. Había en su voz de contralto, lágrimas y suspiros y besos. Los ayes estribilladores traían a su garganta cachitos del apasionado corazón. A oírla se paraba la gente, y el llanto corría por las mejillas de los egipcios netos, acompañando el ritmo salvaje de la estrofa.

¡Y cuando bailaba!.. ¡Cuando su cuerpo entero se estremecía a los sones del *tiento*! Felicidades amorosas enlucían sus ojos y plegaban sus labios, las coplas eran mordidas suavemente por sus, dientecillos; el pelo se descolgaba en rizos por sus sienes y por su nuca;

temblamientos gozadores agitaban su pecho; sus caderas oscilaban en poderío bravucón y sus pies iban escribiendo sobre el suelo un poema de sensualidad.

Estas gracias naturales, unidas a las riquezas del gran Piques, atrajeron a los faraones de Triana. Son olores muy atrayentes el de la carne joven y las onzas viejas.

Diego Montoya, gitano rico de la Cava, se perecía por Estrella del Alba. Coplas, rondares, mensajes a cargo de viejas, doctoras en el tercerio... A todo puso mano Montoya para ganarse el «que sí» de la niña.

Claro que el padre de esta miraba gustoso el cortejo; y claro también que en sus planes entraba volver el cortejo casorio.

Pero Estrellita se plantó en los *nones*. Ni Montoya, ni otros sujetos de cuantía, hicieron rastro en su voluntad. De los señoríos sevillanos, no vale decir. Antes se diera ella a los gozques que a hombre ajeno a la pura casta faraónica. Por lo que, a este punto, inútiles eran cuidados. Bien lo sabía Piques.



Los cuidados iban a otro punto. El tal punto era Lolo, Lolillo, le llamaban familiarmente sus compadres.

Lolo, un *caminista*, un *escarrilao*, que de tiempo en tiempo arribaba a Sevilla y apuraba cuarenta *chatos* en la taberna de Berrinches; un jefe de tribu, un entre cuatrero y charlatán, que traía revueltos con las fuerzas suyas la alta y la baja Andalucía, con más la Mancha y el antiguo reino murciano. Un «de armas tomar», muy bueno para amigo del Curro Piques choro y matón, de los quince a los cincuenta años; muy alto para yerno del *zeñó* Curro, rico espartero do la Cava.

Lo grave del toque se hallaba en que Lolo era un mozo *juncal*.

Alto, cimbreño, con los ojos negros y besadores, el pelo más negro que los ojos, aguileña la nariz, breve e imperiosa la boca, gallardo el ademán, sueltas las manos y la bolsa, primoroso con la guitarra, duro con el cuchillo, y cantando como un *decé*, rey de amores había de ser entre las hembras de su casta, por fueros de realeza natural.

Cuando pasaba por el frente de la espartería, sobre su caballo, y se ofrecía a las miradas de Estrella, con su acoderado marsellés, su pañuelillo de seda hecho un nudo sobre la garganta, y su ancho sombrero caído hacia atrás para lucir los tufos despeinados en caracol, se revolvían nervios y sangre en la muchacha, y contestaba al zalamero «adiós, *sangresita*» del jinete, con un «adiós, Lolo», primero dicho con el corazón que con la lengua.

Ello vino, naturalmente, contra el mandato del padre y la enemiga de los hermanos, contra advertencias y consejos, contra los bienestares del vivir actual y las zozobras del futuro. Vino porque la hembra montaraz y salvaje imperante en Estrella necesitaba un macho, montaraz y salvaje también, rebelde a la doma, al freno de las costumbres, leyes, obligaciones y respetos que la civilización impone a los humanos.

Estrella quería ser libre como Lolo. La voz gitana, mezclándose a la voz del amor, la arrastraba hacia el bravío mozo. De él y para él y con él, sería en este mundo. Y que no la llamase a la gloria Dios, si trataba de dejar a Lolo en la puerta, porque no entraría.



Así estaban las cosas; y estando así, claro es que ellos se vieron y hablaron y que, hartos de opresiones, resolvieron cierta noche que Estrella se fugaría a la siguiente con Lolo, para ser su mujer legítima y reina de la tribu.

Fueron noticias justas de aquel proyecto al *zeñó* Curro Piques. Excusado es decir cómo se pondría. Intenciones tuvo de armar un escándalo a la *niña* y cogerla y encerrarla en la cueva y tenerla a pan y agua cuatro meses.

Solo que tales intenciones no resolvían nada. Un compás de espera, y en cuanto saliese la chica del encierro, torna a lo mismo y con más arrestos, por su parte.

Había que andar con pies de plomo y resolver de plano. El hombre de Melilla y de Ceuta, el trotador de caminos, el maestro de crímenes y astucias reapareció en el espartero.

Supo guardar silencio, poner a su hija gesto cariñoso y seguir su existencia usual. Únicamente después de comer, y con el achaque de dar un vistazo a cuatro bestias nuevas que mercaron los niños, fuese con ellos a la cuadra y los puso en autos de los propósitos de Estrella.

Los jóvenes se revolvieron como tigres.

—Sonsi —dijo el *bato*—. Esto solo de un *mó* se evita. «Muerto el perro, acabó la rabia». Cuando Lolo venga a buscarla, cuando ella salga a juntarse con él, saldremos nosotros, y ¡vaya, que mucha gente es Lolo!, pero corazón no *tié* más que uno y *vía* no *tié* tampoco más que una. Conque... ¿Estamos *enteraos*?...

Vino la madrugada. El reloj de San Jacinto concluía de dar las dos. Un hombre, que llegaba del campo, se acercó al portón trastero de Piques, El portón se abrió, y una mujer, arrebujada en un mantoncillo, se arrojó a los brazos del hombre, diciéndole:

—Aquí me *tiés*, Lolo, *pa diquiá* en jamás.

—¡Duro en él! —rugió la voz furibunda de Piques.

Y el viejo, con sus tres hijos a la espalda, dio frente a la pareja, cerrando el paso al robador.

Cada cual de los cuatro llevaba un revólver en la siniestra y una faca en la diestra.



Lolo solo tuvo tiempo de apartar a Estrella, dar un salto y empuñar el cuchillo.

—¡Matarlo!.. ¡Matarlo *en seguía*! —gritó Piques—. ¡Matar a ese hijo de la víbora!

Fue un momento de pausa; el preciso a levantar los revólveres, apuntar y hacer fuego; pero aquel momento bastó a Estrella para abrazarse a Lolo.

—¡Aparta, mala *gachí*! —murmuró Curro.

—¡Apartarme! *Quiés* matarlo, ¿eh? Pues *mía* tú, *paire*; *mirar* ustedes, *hermaniyos*: si tira contra él, si le matan, si le hacen cachos, luego, con el cacho suyo más chico, con el más *chequetín* que *quée*, se *quean* mi cuerpo y mi alma y *toa* entera yo.

—¡Quítate de ahí, perra!..

—¡Quitarme! ¡Vaya, que están locos!

Y cogiendo a Lolo el cuchillo, añadió, encarándose con los suyos:

—Por la *zepurtura* de mi *mare*, por la gloria de su alma, y malos *mengues* me trajelen, si, como toquen tan siquiera a un pelo de mi hombre, no me *jinco* el cuchillo en *mitá* del pecho, *diquiá* la *empuñaura*. Anda, Lolo. Y, vaya, que lo *prometío* se cumple.

Los hermanos hicieron ademán de agredir; pero el viejo, llorando de pena y de rabia a la vez, les gritó:

—¡Dejarlos, dejarlos!.. ¡No ven que lo hará *talmente* que lo *dise*! ¡Dejarla que se vaya!.. ¡Anda con Dios!.. ¡Anda con Dios, mala *gachí*! *Asín* veas juntas en tus hijos *toas* las penas que *mos hases* ahora *paeser*.

Y el viejo volvió la espalda, sollozando, mientras las imágenes de Lolo y Estrellita del Alba se desvanecían entre las sombras de la noche.



## II

Encantadora fue su luna de miel en aquellos campos andaluces, salpicados de flores, embovedados con árboles frondosos; palacios naturales que musican los pájaros, y adornan los huertos, y refrescan los arroyuelos y las fuentes.

Con capullos de azahar, cogidos por sus manos, adornó Estrellita del Alba sus virginidades para ofrecérselas al esposo.

En el centro de un bosque de naranjos, entre un aire lleno de perfumes, bajo un cielo azul que desprendía los rayos solares en brillantísimo polvo, se reunió la tribu para celebrar los desposorios de su jefe.

Vestía Lolo acampanados pantalones de finísima pana, faja azul turquí, chaleco de rameados colorines y chaqueta con alamares y caireles de oro. Una camisa de rica bordadura, que ostentaba botoncillos de diamantes en la pechera y en el cuello, un ancho cordobés y botas

de cuero, ceñidas por espuelas de plata, completaban el traje del gitano.

Falda de damasco verde con dibujos de aljófar, corpiño jalde, pañuelo de espumilla cruzado sobre los hombros y anudado al talle, vestía Estrellita del Alba. De blanca y calada seda traía las medias; los zapatos, de tafilete carmesí. Las arracadas, con diamantes y oro estaban hechas; de corales eran los brazaletes. Un ramo de capullos de azahar trascendía esencias en el moño.

Los trovadores gitanos, los poetas de la raza indomable debieron soñar con parejas así cuando improvisaban sus canciones de amor en los rincones de las selvas, al compás lento de los címbalos.

Arrancados parecían los perfiles rojizos de los novios a las pinturas del antiguo Egipto paternal. Ciñera él los arreos de los capitanes faraónicos, empuñara el arco y la flecha, y sería imagen exacta de los guerreros que ayudaron en sus conquistas a los reyes de la sagrada Thémis.

Ella, trajeándola con la corta y flotadora túnica, recogiendo sobre su cabeza una tela de colores vivos



y poniéndole una flor de oto entre las manos, fuera trasunto vivo, seductora resurrección de las *copthas* que duermen el jeroglífico sueño de los muertos a la sombra de las pirámides.

Pura, limpia de cruces, arrogante en lineamientos y color, resurgía en aquellos dos seres de una tribu errabunda la raza simbolizada por la esfinge.

Sus pieles ladrillosas; sus ojos rectos, grandes y melancólicos; sus bocas, de marfileña dentadura; sus cuerpos ágiles, que denunciaban flexibilidades de serpiente y nerviosidades de pantera, recordaban, embellecidas, las pinturas murales que el tiempo respetó y los egiptólogos han descubierto.

Ya sé que los eruditos y los sabios han convenido en que los gitanos proceden de la India; pero los gitanos siguen ateniéndose a su Egipto y yo acepto su documentación. Después de todo, si los sabios de levita y sombrero de copa merecen mayores respetos, no a mínimos son acreedores los *zahorís* de chaqueta corta y sombrero ancho.

Ellos se llaman, y llaman a los suyos, «hijos de faraón», descendientes de aquellos magos y guerreadores que inmortalizaron el imperio de los Ptolomeos.

Acaso en el bosque evocaba las épocas del roto poderío egipciaco, un gitano viejo que, recostado contra un naranjo y poniendo sus ojos en el cielo, libre de nubes, repetía el cantar siguiente:

*No hables mal de los gitanos,*
*que llevan sangre de reyes*
*en las palmas de las manos.*

El resto de la tribu había registrado el fondo de sus albardones para sacar la trapería lujosa a relucir. Hombres, mujeres, niños, se lavaron escrupulosamente en los cristales de un arroyo, haciendo a su jefe él más estupendo de los honores por ellos conocidos.

Era aquel en enjambre de criaturas, ataviadas con todos los colores del iris, desbordantes en flores y caireles y envueltas por los rayos de oro que cernían los árboles, algo así como el sueño de un pintor borracho.



La ceremonia había concluido. El cántaro ritual yacía sobre una manta de madroños rota en *veinte pedazos*; machos y hembras, hecha reverencia a su monarca, formaban dos grupos a un extremo y otro del bosque; sus criaturas oscilaban entre los dos grupos; al fondo, enjaezadas con orejeras y borlones, se alineaban las caballerías, y en el centro de la natural decoración, Estrella y Lolo, cogidos por las manos y apretándolas firme, contaban los pedazos del cántaro.

—Por veinte años dice el cántaro que nos pertenecemos —exclama Lolo.

—Por veinte años ha dicho el cántaro. Por *toa* la *vía* digo yo —responde Estrellita del Alba—. Tú, ¿qué dices?

—Por *toa* la *vía* y más allá —recontesta Lolo.

Y cogiendo a su mujer entre sus brazos, le da un beso en la boca.

Es la consagración de su dicha. Un alarido de júbilo arranca de todos los pechos. Las guitarras tañen, las bocas cantan, el baile comienza, el vino circula entre los comensales, los niños vocean, las caballerías relinchan.

El más viejo de la tribu empuña la *sonanta*; la moza más joven se dispone a cantar. Lolo y Estrella se colocan uno frente al otro; la copla sube al aire y el baile comienza, cadencioso, solemne, tal que si fuera un rigodón de príncipes.

Así, sucediéndose parejas y tañedores, copleros y bateas de cañas, adviene la noche.

Los ruiseñores trovan sobre las copas de los árboles; el perfume de los naranjos se hace más penetrante; a los oros del sol, suceden las platas de la luna.

Todo bosque es misterio. Lolo y Estrellita del Alba se alejan por entre los naranjos. ¡Sombras juveniles que perfila la luna, y conduce el amor a sus camarines tapizados con besos!..



## III

La vida errante, de la tribu no se detuvo ante los amores de sus reyes.

Guardan gran semejanza con las hojas derribadas por los aires de otoño, estos gitanos vagabundos. Arranca las hojas el viento y las empuja sobre el ras de la tierra. Para el viento y paran las hojas también. Nunca paran del todo: siempre hay en ellas fugitivo temblor. Torna a soplar el viento y tornan a ir y venir las hojas, hasta que un turbión las arrastra o un huracán las pulveriza.

Estrellita del Alba fue, a poco del casorio, profesora en artes y ciencias gitaniles.

Echaba las cartas por cábalas y cortes, al largo y al ancho, con el eje de las cuatro figuras y con el eje de una sola. Las palmas de las manos del prójimo le resultaban abierto libro: en cada raya deletreaba un capítulo; con cada línea transversal, horizontal o vertical, componía una historia. Levantaba horóscopos; mataba, en minúsculas imágenes de cera, remedadoras de personas,

quereres, alegrías, la propia existencia, si a tanto llegaban los anhelos del consultador.

Para realizar estos asesinatos, parciales o totales, se servía de una agujilla de oro. Clavada en la cabeza, mataba los pensamientos; clavada en el corazón, los cariños; en la nuca, las carnales ansias; en piernas y brazos, la voluntad; en el centro del cuerpo, la vida entera del individuo, representado por el monigote.

Sabía de bebedizos y untos. Daba señales ciertas de los sitios donde se ocultaban tesoros. Era única en remedios eficaces a las estériles, y en remedios, más eficaces aun que los otros, a las no estériles.

Cuanto significa habilidades para traer el dinero ajeno al bolsillo propio, en la hembrería gitanesca halló fácil encuadernación en su memoria. Las viejas de la tribu ayudaron con enseñanzas prácticas el instinto natural de su reina, y pronto las superó en el mágico sacerdocio.

Bien es cierto que, a sus triunfos sobre los incautos, la ayudaban su hermosura y su gracia. Despertando estas deseos en los hombres y admiración en las mujeres,



les vendaban los ojos y les dejaban a la discreción del peligroso lazarillo.

Lolo ganó con la boda en astucia y en bríos.

A su creer, la posesión de hembra tal era, aun conseguida, inestimable gloria; pocas, a merecerlas, todas las proezas que un varón intentase. De ahí que Lolo pusiera voluntades y empeños en ser, a los ojos de Estrellita del Alba, el primero de los maridos.

Llovieron los audaces golpes de mano. Ni en cercado, ni en dehesa, se hallaban jumento, potro o mula seguros. Por cima de vallas y guardianes se abría el gitano paso. Vericuetos y laberintos, de él no más conocidos, le ayudaban a ocultar su presa. Una vez ella a buen recaudo, todo consistía en hallar quien comprase por junto las bestias, o en disfrazarlas una a una para ir feriándolas de incógnito.

También se las manejaba Lolo haciendo alijos en las playas murcianas y andaluzas. No pocas veces pasó y repasó a todo galopar de su jaca El Campo y La Línea con fardos de tabaco y de seda.

Ningún obstáculo lo arredraba. Llegado el trance de que lo cercaran vigilantes y carabineros, no eran sus espaldas recreación del enemigo. Le daba el pecho, escopeta en mano y jaca en piernas. Se mantenía firme, y cuando hallaba oportunidad de revolver la jaca y coger «el libre», lo hacía con rapidez de rayo, no sin girar antes el cuerpo sobre la enjaezada silla y disparar el tiro de fanfarria, último y arrogante saludo que dirigía a sus adversarios.

Si la buena marcha del negocio permitía descanso, o si la eficacia de las persecuciones obligaba a la dispersión de la tribu, Lolo y Estrellita del Alba tenían su refugio: un nido de halcones, una cueva, socavada por la naturaleza en agreste picacho de los Despeñaperros.

Por todo guardián, contaba el nido aquel con la madre de Lolo, vieja sibila de cabellos blancos, incapaz, a causa de una media parálisis, de seguir a sus hijos por montes, prados y llanuras.

En este palacio, donde no faltaba el lujo de dos camas, más grande una que otra, y la artística presencia de una arquilla repujada en plata por un artífice del siglo XVI,



se acogía Lolo, en épocas de gran prosperidad o de ojeo insistente.

No tengo que decir cómo vino la arquilla a los dominios del gitano. Regalo, no fue; herencia, tampoco; cambalache, no; compra, menos. Fuera tales suposiciones, hagan mis lectores la que gusten.

Lo cierto es que camas, arquilla, cinco o seis taburetes y una mesa constituían casi, casi, el ajuar del real palacio.

En él vino a este mundo el primer hijo de Estrellita del Alba. Lolo le pusieron por nombre; su abuela le cortó el ombligo con la faca del padre, y este dio a la criatura el primer baño de limpieza.

Los otros hijos nacieron entre matas y polvo. A ello se debía que ganasen al mayor en salud. «Al mayor —son decires de Lolo—, la vieja con sus melindres, Estrella con sus dengues y la cueva con su falta de aire y de luz, se lo habían *encanijao*».

Así transcurrieron siete años de ventura completa, porque Lolo solo preso cinco veces, y eso de entra y sal, por un mes, a lo sumo.

Crecieron los chicos y se ennegreció con vientos y soles el cutis de la madre. Esto, a cuenta de perjudicarla, la hacía más apetitosa. Con su fantástica coloración, con su extraño vestir, con su cabellera siempre despeinada y flotante, era leyenda viva. Vista a media luz, en el fondo de un bosque, caída contra el pecho del varón y echando la cabeza hacia atrás para mirarse en él, recordaba a las africanas panteras que languidecen de voluptuosidad junto al macho.

Estrellita del Alba era feliz con sus hijos, con su vida y con su hombre.

De largo en largo acudía a su imaginación el recuerdo de los hermanos y del padre. Recordándolos, se entristecía.

Duraba poco su tristeza. Nunca se mojó en una lágrima.



## IV

Aquellos siete años, entre prosperidades y malas andanzas, trajeron algún ahorro a la arquilla del siglo XVI; no seguramente por previsión de Lolo, por celosidades de Estrellita del Alba.

Más hubieran sido los ahorros a seguirse los consejos de la gitana, que tenía condición urraqueña; pero Lolo era fastuoso y manirroto, como un príncipe de verdad.

En cuanto le soplaba una buena racha, ¡viva la alegría!, a meterse en poblado, a gastarse el *parné* en bateas de cañas y en puros de anilla, a dar más bulla que unas carnestolendas y más ruido que un tren. Su plata, la primera. Su ronda, la primera y la última. ¡Hala!.. Todos podían acercarse. Él no reparaba en el número: que reparase el tabernero, encargado de servir las copas.

Sobreentendido que en las bienandanzas no olvidaba a su Estrella y a *los hijitos de su sangre*.

Allá te iban para la reina faldamentas de raso y medios talles de Manila y sartas de coral y arracadas y peines. Allá te iban para los *chorreliyos* papelones de confitura y de frutas secas y de rosquillas y de bollos.

Solo que los dulces se deshacen en la garganta; la ropa se destruye con la polilla y con los años, y las alhajas, si quiere uno pulirlas, se quedan en la octava parte del valor.

Onzas es lo que hay que juntar. Las onzas no se huyen con el almanaque, ni se apolillan, ni pierden méritos con el uso. Al contrario, los ganan.

Así hablaba Estrella. El gitano, o se hacía el sordo, o puesto a contestar, lo realizaba en manera disconforme a propósitos y esperanzas de ahorro.

«Deja tu *roar* el dinero, que *pa* algo lo *jisieron reondo*. ¿A qué doblarse el gusto? ¿*Zabe* uno lo que va a ocurrirle mañana? ¿*Entonse*, *sentrañita*? ¡A divertirse y a *juergarse*, en tan y mientras suenen los *varés* en el bolso! *Pué* que esté ya *fundía* y *ajustá* en el cañón de una escopeta la bala que me ha de concluir, *pué* que anden ya retorciendo en *cuarsiquier* sitio los cordeles con que han de amarrarme



los *siuiles*. ¡Conque!.. Alegrémonos *diquiá* que salga el *plomaso* o el *cordeliyo* me *apulsere*. ¡Alegrémonos, *mare*!.. Y arrímate *pa cá* esas cañas».

Caña tras caña y cantar tras cantar, celebraba Lolo sus juergas con los individuos y las individuas de la tribu.

Al remate, por no manchar su realeza con traspiés y tartajeos, apretaba el pico, se cogía al brazo de su *nena* y ¡andandito para el campamento!, a dejarse caer contra un albardón y a dormir la borrachera, tan inmóvil como dormirá la muerte en su pirámide Cheops, su ilustre y glorioso antecesor.

Estrellita *de Alba* no replicaba a los discursos de su cónyuge; le dejaba hacer, puesto que no había otro remedio; y tira de aquí, afloja de allá, con esta sisa y con aquella, tenía engatadas sesenta y cinco onzas, que en el fondo de la arquilla del sigo XVI dormitaban, bajo la custodia de la paralítica sibila de Despeñaperros.

¡Ay, a no existir en las carreteras Guardia Civil y en los puertos y fronteras carabineros y aduanistas, fuese la vida de aquel reino ambulante y de sus monarcas, paraíso!

Pero civiles y carabineros, en los caminos; jueces y escribanos, en las audiencias; traían a mal traer el imperio, ¡Gracias que no siempre carabineros y civiles llegan con tiempo y ocasión! ¡Gracias que los jueces, los escribanos, y sobre todo los escribientes de los escribanos, se acuerdan de que tienen entrañas!

Los civiles, los pícaros civiles, esos *condenaos* «patas de perdiz», no se acuerdan. ¡*Malos mengues los trajelen a tós*!..

Y, sin embargo, hay que ponerles buena cara y saludarles al pasar, sombrero en mano y sonrisa en boca.

«Vayan con Dios, vayan con Dios los hombres —decían a los civiles los súbditos de Lolo—. *Grasias* a ellos están seguritos los caminos. ¡Vaya con Dios la pareja de *güenos mosos*! ¡Dios la conserve *pa seguriá* de los caminantes! El *Zeñó* guíe a la pareja. En *cá* palo del telégrafo tenía que haber una».

—*Colgá* —añadían cuando la pareja les daba la espalda y no podía oírles.



En fin, aquella enemiga de civiles y carabineros, aquel abrir y cerrar puertas de cárcel y legajos de audiencias, no traía con desasosiego a ningún miembro de la tribu. Gajes del oficio.

El desasosiego en todos —exceptuando Lolo— reinaba por culpa de otra andariega tribu: la de Mal Ojo, primo carnal de Telaraña y enemigo de Lolo, a consecuencia de una *razzia* que hicieron juntos, en la cual Lolo, según el otro jefe, se había adjudicado la mejor parte del botín.

Hubo, con tal motivo, amenazas, insultos, promesas de crueles desquites.

A Lolo llegaban notas diplomáticas participándole que el otro monarca urdía una grande contra él. Lolo encogía los hombros y daba esta sencilla réplica: «*Eyos ayá*. Yo me estoy *zolito* en mi cabo. *Er* que tenga *hígaos*, que atraque».

Mal Ojo era bicho de cuenta: astuto como un zorro y asesino como un jaguar. Tenerle de frente equivalía a tener apalabrada la mortaja. Lo que, por cara y en persona no se atreviera él a cumplir, lo cumplía a traición y con el golpe de su gente.

No es que huyera, si el lance cuerpo a cuerpo llegaba. También movía la *churí* de lo fino y ponía el plomo en lo justo.

Su tribu igualaba en número y calidad a las de Lolo y Telaraña. Mal Ojo era otra gran potencia en la geografía política del hampa.

Escaramuzas personales, preludios de la batalla próxima, libraron ya los opuestos bandos. Solo tropezarse en caminos, pueblos o ventas, significaba *sangraura* entre *malojeños* y *loleños*.

Y la gran batalla, el encuentro definitivo, se realizó. La luna del agosto fue juez de campo. Un claro gigantesco en el fondo de un bosque, palenque.

Cada tribu desembocó por una punta de árboles. El encuentro, previsto porque las dos tribus merodeaban en la misma región, produjo, no obstante, sorpresa, pronto reprimida.

Los ejércitos permanecieron inmóviles en los dos remates del claro; encogidos, como tigres que se aperciben a saltar, con los dientes apretados, las pupilas chispeadoras y las manos en el sitio del *conque*.



Los jefes avanzaron, sus hembras, silenciosas, desafiantes, se pusieron a su espalda, con los pálidos rostros alumbrados por una sonrisa de desdén.

—¡Por fin! —dijo Lolo.

—¡Por fin! —repuso el otro.

Y los dos a un tiempo, sin añadir voz, echaron mano en sus fajas y dieron al aire los cuchillos.

Fue la señal. Un alarido formidable rasgó la quietud de la noche.

Hombres, mujeres, niños de esta y aquella tribu dieron unos contra otros, empuñando facas, pistolas, tijeras y pedruscos. Los perros de los dos bandos se buscaron también con los colmillos entreabiertos y las colas erguidas. Hasta los caballos y los asnos hicieron de sus rebuznos y relinches clarinazos de guerra.

Fue algo semejante a un pechugón monstruoso, al choque de dos olas que marchan en opuestos términos y, al tropezarse, se confunden, en un solo rugido y en una sola espuma.

Tales debieron ser los choques entre los primeros grupos humanos: riña de fieras en rebaño; disputa a garrazo y dentellada limpios de unos cubiles o una presa, remolino confuso de brazos que vienen y van repartiendo la muerte, de voces que se insultan, de gritos victoriosos y de agónicos estertores: un montón de carne y harapos desgarrándose brutalmente ante la naturaleza impasible.

Primero, el topetazo colectivo, el primer azar de la lucha, jugada entre los fogonazos de las pistolas, el relucir de los cuchillos, el dentellear de las tijeras y el romper de los guijos sobre los cuerpos jadeantes.

Luego, la separación brusca, la tregua silenciosa y terrible que deja a los muertos y a los heridos en el centro, donde el topetazo ocurrió, para que el espectáculo de los heridos y los muertos acrezca el coraje y aumente el odio.

Después, los encuentros de grupos contra grupos, de personas contra personas.

Entonces fue cuando Lolo, que tenía cuatro cadáveres a sus pies, y Mal Ojo, que peleaba como un tigre, se



buscaron para dirimir, pecho a pecho, arma a arma, su rufianesca hegemonía.

Se buscaron, sin que nadie intentara acudir en su auxilio. Todos comprendían la necesidad de que peleasen solo a solo.

Así debieron pelear en los primitivos combates los jefes de tribu: confiando a su brazo el triunfo de la grey.

—¡Ven! —gritó Mal Ojo.

—¡Voy! —contestó Lolo—. A arma blanca, solo a arma blanca. ¿Quieres? ¿O te da susto?

—Quiero.

Los jefes adelantaron. Sus tribus, por tácito pacto, quedaron quietas, para ser testigos del duelo.

Únicamente las dos reinas se hicieron un gesto retador. Iban a pelear por las mujeres de sus tribus, mientras Lolo y Mal Ojo peleaban por los varones.

Digno de su fama, enconado y feroz había de ser el

combate entre aquellas dos fieras.

Iluminados por los rayos de la luna, ocupando el centro de la calva anchurosa, se encogían, se estiraban, saltaban, revoloteaban uno en torno de otro, cambiando los cuerpos de postura, los aceros de mano, los brazos escudadores de actitud. Maestros supremos en esgrima de hierros cortos; se acechaban, se tanteaban, iban y venían para preparar el golpe a fondo.

Marrarlo, equivalía a dejarse el corazón en el enemigo cuchillo.

Puntos e hilos de sangre mancharon pronto sus pecheras. Ellos no paraban mientes en tales arañazos. Jadeoso el alentar, encajada la dentadura, brillantes las pupilas, jugaban con la muerte, aguardando el momento decisivo de herir.

Súbito, Lolo retrocedió con lentitud, sus piernas se doblaron hasta casi tocar con las rodillas en el suelo; su brazo izquierdo se elevó cerca de los ojos; el derecho se recogió contra el costillar...

Fue un relámpago, como ballestas se estiraron los músculos; un salto gigante puso a Lolo junto a su adversario; y en el mismo salto, en el aire, sin tocar tierra el hombre, el brazo derecho salió del costillar y el cuchillo se hundió hasta el mango en el corazón de Mal Ojo.



Este cayó redondo. Un grito acompañó a su caída: el de su hembra, que rodaba por la planicie con el estilete de Estrellita del Alba empotrado en el vacío de la clavícula.

La tribu de Mal Ojo escapó. Lolo, puesto el pie sobre la garganta de su enemigo, reía silenciosamente. Estrellita del Alba estaba al lado suyo.

Un vítor estruendoso sonó en el ejército *loleño*. Todos braveaban a su rey, que, abrazado por su hembra, miraba hacia el fondo del bosque con mirada desafiadora y saludaba a su tribu con gesto triunfador.

Entonces, en aquel instante, en el claro del bosque, al limpio rayear de la agosteña luna, el espléndido ayer faraónico resucitó.

Lolo, rodeado, aclamado por un pueblo de ladrillosas criaturas, ceñido por los brazos desnudos de la esposa, con la cabellera despeinada y revuelta, brillador el mirar

y cubierto de sangre el ropaje, espejeado el cuchillo por la nocturna luz, y el rival apuñalado ante sus plantas, revivía las imágenes bravamente bellas de los capitanes de Ramsés, de los que impusieron al África el señorío de la invencible Thémis.

Aquellos guerreros eran premiados por los faraones y bendecidos por los sacerdotes egipcios.

Lolo, a las veinticuatro horas de su triunfo, fue capturado por la Guardia Civil.

La captura de Lolo trajo por consecuencia la perdición y la ruina de su andrajoso imperio.

Preso él, la tribu se desperdigó, Estrellita del Alba se refugió en Madrid, en las Cambroneras, en casa de una hermana de Lolo, para estar lo más cerca de su hombre, que tenía modelo para rato.

La causa era grave, porque el gitano, sobre matar y herir a cinco o seis faraones, más o menos auténticos, había hecho armas contra la Guardia Civil en el trance de la captura.



Era grave; iba para largo y olía a cadena perpetua, si no a garrote, a treinta leguas de distancia.

Una perdición, sí, y una ruina, porque las trapacerías de Estrellita del Alba no bastaban a sufragar los gastos del maldito proceso.

Las onzas prisioneras en la arquilla del siglo XVI fueron saliendo poco a poco; faldamentas de sedas, de aljófar, arracadas de oro y de coral, pañuelos de Manila, todo se consumió a los fuegos del papel de oficio. Para remate de penas, Lolo tuvo que ir a declarar a Córdoba en otro proceso, y ella tuvo que echar tras Lolo a pie con un borrico veintenario por único alivio a los traqueteos de sus tres *chorreliyos*.

## V

Castilla, es la tierra. Julio, el mes. Hora, el mediodía.

La carretera blanquea como una franja del desierto. El aire seco, asfixiador, alza en ella, remolinos de polvo. El sol cae a plano. El azul de la atmósfera tiene lustrosidad de acero. Brochazos grises ensucian las hojas de los árboles.

El rastrojo amarillo denuncia, con los crujires suyos, el incendio que consume a la tierra. Esta se abre en millares de bocas para suplicar agua y frescura. La codorniz macho bravea entre los surcos, persiguiendo el disfrute de la hembra. Aparte su reclamo, toda es silencio la campiña. Ningún rumor turba a la naturaleza en su modorra meridiana.

Lejos, muy lejos, francamente visible gracias a la planitud de la llanura, hay un pueblo. Sus casas, blanqueadas a la manchega usanza, son nácares por oficios del sol. La torre de la iglesia, pizarrosa y puntiaguda, atraviesa el espacio como una lanza de combate.



La casilla de los peones camineros está solitaria. Es domingo y los trabajadores comen en la aldea. Hay que divertirse. No todo va a ser picar guijarros y amontonarlos en las cunetas polvorosas.

Sola está la casilla. Cerradas su ventana y su puerta. Ruido alguno sale por las junturas. Seis gallinas y un gallo de cresta roja, cola áurea y ojos de lumbre, escarban en el suelo. Pero su labor es silenciosa. Ni las gallinas cacarean, ni el sultán, vestido con joyesco plumaje, lanza a los cuatro vientos su guerrero quiquiriquí.

El aire se detiene súbito, agarrotado él propio también por la asfixia. Ya no va y viene levantando simoúnes minúsculos. Inmóvil quedó; y los árboles, sin cimbreo en sus ramas, sin palpitaciones en sus hojas, sin voz, porque los pájaros a ellos acogidos no cantan, son muertos en pie, coronados de verde...

Camino adelante se mueve un grupo de miserias.

Lo forman una mujer, un burro y dos niños. Van estos en dos serones puestos a un lado y otro de la caballería. Un tercer niño descansa en los brazos de la mujer. Con los ojos, de par en par abiertos, mira fijo a la altura,

mientras sus labios hacen presa en el botón que remata el pecho de la madre.

Esta va descalza de pie y pierna. Un harapo rojo, sujeto a sus caderas, presume de falda y ondea al vaivén de sus andares. El corpiño azul se desabrocha sobre morenas curvas. Un pañuelo de percal amarillo flota semisuelto en los hombros. La mujer vuelve la cabeza hacia atrás; sus pupilas despiden llamas; el sudor gotea por las negras crenchas de su pelo.

El mamoncete es un primor. Estatuilla en nogal tallada parece. Sus ojos lucen como azabaches, sus labios sonríen al pecho maternal, su cabellera se abre en rizos, sus manos juegan con los hilachos del pañuelo, su cuerpo desnudo ostenta saludable barniz.

Con resignación cazurra anda el asno. Es viejo. Mataduras y esparavanes hacen congreso en él. Recogidos los belfos, enseña la ocre dentadura. Se dijera que ríe. ¿De quién? Acaso de los demás, acaso de sí mismo. Este asno debe ser un escéptico. Con el mirar bajo, el cuello caído y los pisares lentos; va por la carretera llevando su carga infantil, que le transforma en nido ambulante.



De tiempo en tiempo gira la cabeza hacia los serones y su sonrisa se acentúa, y en sus ojos resplandecen cariñosas melancolías. Tal vez ama a los niños; tal vez, mirándolos, recuerda su infancia jumentil, las alegres hora de la dehesa, cuando triscaba libre junto a la madre y no conocía el yugo de los hombres.

Tal vez la recuerda y, recordándola, engalla momentáneamente el pescuezo, yergue las orejazas y aboceta un rebuzno.

Si ello es recuerdo, pasa rápido. El rebuzno queda en esbozo; el cuello se inclina, las orejas caen, y el jumento vuelve a su resignada y cansina actitud.

De los chicos embanastados, uno duerme con profundo y tranquilo sueño. Tiene cuatro años, y por todo ropaje una camisilla, más sobrada de churretes que de botones. Bronceño es su cutis, negra su pelambre, retorcidas las pestañas de sus cerrados párpados. Un rebujo de trapos le sirve de colchón. De quitasol, un pingo adoselado con tres cañas.

Su hermano, mayor que él, no goza del sueño; sufre la postración de un letargo febril. Estremecen su cuerpo

sacudidas nerviosas; los entreabiertos ojos descubren el globo blanquiazul; los ardores de la calentura asoman con bermejez cobriza a sus pómulos; el resto de la piel amarillea, pegándose a los huesos, que por bajo de ella se dibujan. De sus labios amoratados escapa, hecho jalea, el alentar; sus manos se crispan encima del trapaje; sus piececillos van y vienen como péndulos locos; el sudor cae por sus mejillas y alisa en la sien sus cabellos.

El amor de la madre ha improvisado encima del serón un toldo. Pero ¿qué defensa es contra el sol juliano de Castilla un pedazo de trapo? Sombra fresca, lecho blando, dulce obscuridad, amén de quinina, necesitaba el chico. Todo ello le falta y, por faltarle, su garganta se queja y sus manos se crispan, y sus piececillos van y vienen como un péndulo loco.

¡Sombra!.. ¡Lecho blando!.. ¡Semiobscuridades mimosas!..

La madre bien quiso procurárselos a la entrada del pueblo, en el bosquecillo que alegran las proximidades de un arroyo.



Allí, una bóveda de ramas forma pabellón natural. Esta bóveda se aplasta, se estrecha poco a poco, hasta hacerse nicho de hojas verdes, infranqueable para el sol. Los ruiseñores cantan junto a él, bajito, muy bajito, no como quien dice amores, como quien arrulla dormires.

En aquel nicho hacinó la madre brazados de hierba a punto de secar; sobre ellos dispuso sus más limpios y mullibles harapos. Hizo de la albarda cabezal; bañó con agua fresca la frente ardorosa del enfermo y, poniéndole bajo la égida de la naturaleza, madre de todos y de todo, echó hacia la aldea, revolviendo el saco de sus trapacerías para hacerlo moneda y pagar con ella los auxilios del médico y los menjurges del boticario.

¡El pueblo!.. Hacia el pueblo fue la gitana, la bestia sin domar, la hija libre de las carreteras y los bosques. Hacia el pueblo fue; fue sola para más pronto. El mamoncete quedó en el manchego oasis, confiado a su hermanillo de cuatro años, revolcándose cerca del burro que, olvidado de su ancianidad, también se revolcaba sobre los tallos de la hierba jugosa.

Hacia el pueblo fue, erguido el busto, presuroso el andar, cimbreando el talle, caídas encima de la nuca las

carboneras crenchas. En sus ojos había resplandores sensuales; fingidos eran, mentirosos envites a un juego de placer, que nunca ganarían los *payos*.

Así fue hacia el pueblo. Esperanzada en hallar salud para su hijo; segura de que sus bellaquerías, sus arrumacos, su ciencia pícara lo ganarían la voluntad y el *parné de los castellanos*.

Mal colocó sus esperanzas; mal viaje hizo al poblado.

Diez horas antes llegó al pueblo una tribu gitana. Llegó de noche y de noche desapareció, llevándose unas caballerías, que, como la tribu, se eclipsaron antes de amanecer.

Los aldeanos estaban furiosos contra la gitanería ladrona. Era la plaza pública mentidero donde el suceso se discutía con ardor. Los notables: médico, juez municipal, alcalde, cura, etc., gesticulaban a la puerta de la botica; los otros aldeanos, en las puertas de las tabernas, en los alrededores de la fuente, en las escaleras del concejo. Todos protestaban contra los gitanos rapaces. Todos, incluso el alcalde, que el mes anterior había hecho las elecciones a gusto del cacique.



Cuando vieron asomar por la calle Mayor a una hembra de la raza maldita, los aldeanos prorrumpieron en exclamaciones que resumían la sorpresa y el odio.

¡Una gitana!.. ¡Una gitana avanzaba hacia ellos! ¡Ah, perra, raposa, saltacharcos!.. ¡Ya vería lo bueno! ¡Iba a pagarlas juntas, por toda la piojosa canalla! Y los lugareños, mal contenidos por el señor alcalde, cayeron sobre la mujer a gritos, a insultos, a dicterios y maldiciones.

¡Ladrona!.. ¡Ladrona!.. ¡Hembra de granujas!.. ¡Espía de cuatreros! ¡No te escaparás sin lo tuyo!..

La gitana trató de sincerarse. No quisieron oírla. Los hombres levantaron palos, los niños piedras, las mujeres se dirigieron a ella con las uñas en ristre, el alcalde agitó su bastón de borlas, el señor cura la amenazó con los cuatro picos del bonete.

Tuvo que retroceder, que dar la espalda, que salir corriendo, para evitar los proyectiles que disparaba la chiquillería, para librarse de las manos que procuraban hacer presa en su carne, para huir de la multitud que trotaba en pos suyo.

De esta manera volvió hacia el bosquecillo, como vuelve la bestia acosada en busca de sus crías. Volvió saltando cercas, hurtando el bulto con árboles y matas, encogiéndose, reduciéndose, girando la cabeza para no perder de vista a sus perseguidores, apartando los obstáculos con sus brazos nerviosos, tocando apenas el suelo con los pies.

Le precisaba llegar pronto, distanciar a los cazadores.

Y llegó, llegó. Estaba hecha a tales cacerías. No era hembra tímida de la ciudad; era res brava de los campos, y tenía todas las rapideces, todas las astucias, todos los recursos, todas las resistencias de la alimaña montaraz en ojeo.

Fue cuestión de segundos albardar el asno, meter a los dos chicos en los serones, coger al otro niño en brazos, abrir en un cercado brecha, recomponerla, al punto mismo de pasarla, y quedar inmóvil, con el oído atento y los remos prontos a la fuga.

También callaban los pequeños; el propio mamoncillo se recogía silenciosamente contra el regazo de su madre. No hubo que advertirles. Todos eran animales de monte.



Lo que era experiencia en la madre, era instinto en las crías.

Del burro no hay que hablar. Ni sus años, ni su práctica en tales aventuras le autorizaban a un rebuzno indiscreto.

Los perseguidores de la gitana no llegaron al bosquecillo. Hacía demasiado calor.

La gitana permaneció durante algún tiempo acostada en el suelo, con la oreja pegada a tierra.

Cuando estuvo segura de no ser acechada, se alzó, abrió nuevo portillo en la cerca e hizo viaje, por atajos y sendas, hasta ganar la carretera a legua y media de distancia.

Al plantarse en la carretera, distinguió todavía el pueblo. Un gesto de ira anubló su rostro; una maldición salió por su boca, y sus puños se alzaron temblantes, rencorosos, contra la torre de la iglesia, que negreaba como una lanza de combate en el espacio azul.

## VI

¡Mala ventura para la gitana llevar una tribu de la raza suya delante! En todos los pueblos del camino iba a ocurrirle igual. La tribu pasaría por ellos, dejando en el aire odios y castigos para los *calós* que llegasen.

¡Y qué tribu! La conocía de largo tiempo. La capitaneaba Telaraña, el cuatrero más atrevido de la Andalucía y de la Mancha.

¡Telaraña!.. Un lince, que igual se metía en una dehesa y sacaba de ella una punta de jacos, que volvía negros a los tordos y tordos a los negros, poniéndoles tales que los desconociera su mismo engendrador.

¡Telaraña! ¡Gran zahorí! Maestro supremo en la trápala y el cambiazo. Nigromante de carreteras, que levantaba horóscopos por el hablar de las estrellas y averiguaba porvenires con las cuarenta del hechizo. Sus tijeras eran varita de virtudes. Mejor transformaban ellas a las bestias, que los más diablescos conjuros.



¡Sabio peluquero de solípedos, Telaraña! De un caballo moribundo, añoso, lleno de alifafes, sacaba un potro cuatreño, capaz, aparentemente, de sorberse las leguas.

Tenía untos para secar las mataduras; peluquines para encubrirlas; limas especiales, y pastas, más especiales que las limas, para contrahacer edades en las cédulas de los dientes. Con ayuda del fuelle y del agua ponía gordos a los flacos. Con barnices abrillantaba las pupilas mates de los ciegos. Con el gengibre y con la espuela volvía fogoso al más cansino. Tocante a hierros, los reponía en un amén.

Luego de la faena científica, la artística. Su gracia en el vender, su bellaquería en el tratar. Sus habilidades para fingir lo blanco negro y el gato liebre, no hallaban par entre chalanes.

Como sería de arriscado, que en famosa ocasión puso a venta una yegua, rechazada por inútil, aun para el destripe, en todas las plazas de toros.

¡Vaya un animalito!.. De los veinticinco pasaba. La piel suya era entre llaga y piel, mitad por mitad,

haciéndole favor; no dibujado, disecado andaba tras ella el costillaje. Esparavanes y sobrehuesos menudeaban sobre la ambulante carroña. Vivía la yegua por un solo motivo: la falta de fuerzas para acabarse de morir.

Pues con yegua tal, convenientemente restaurada, gracias a untos, peluquines, tijeras, gengibres, limas y sopladuras, fue Telaraña a la feria de un pueblo.

Poema hace del trato aquel, la andantesca gitanería.

El *payo*, siéndolo redondo, tenía más que mediana escama. Todos los artificios del chalán no bastaron a encubrir la mala condición de la bestia.

—¡Ay, *zeñó* —decía Telaraña—, no ponga su *mersé* peros a mi joya!.. ¿Qué *tié* su *mersé* que *desirme* de ella?

—Que no es yegua. Que está más flaca que un arenque.

—¡Flaca!.. ¡Flaca!.. ¿Su *mersé* ha visto *argún* bicho de sangre que críe barriga? Eso le *sucée* a la yegua. Es la muncha sangre, la muncha sangre *zuya* la que no la deja engordar. De puro valiente se recome. *Toitico* lo ha *echao* en nervios.



—Pero, hombre; ¿y ese cuello más lacio que un sauce llorón? ¿Y esos dos ojos mortecinos? ¿Y esos corvejones que se doblan?

—*Ay*, *zeñó*, y que poco sabe su *mersé* de las *güenas rasas*. *Tós* los animales de carrera —este regalo es de carrera— *tién* sin engallar el cuello; una mijita *inclinao pa* abajo. ¿Sabe su *mersé poiqué* lo *tién* de ese *mó*? Pues *pa* cortar el aire.

—Y...

—¿Los ojos? ¿Que los ojos *paisen dormíos*? *Poique* ahora descansa. Deje que se caliente y le echarán lumbre.

—Sin embargo...

—¿Me va a mentar los corvejones? ¿Que los *tié doblaos*? ¡*Doblaos*!.. Claro es que *doblaos*. ¿Cómo va a tenerlos una bestia tan *zuperior*? Como los *tié*. *Doblaítos*; siempre prevenios *pa* el *sarto*.

—Ea, que...

—No escupa más pamplinas. Voy a montar la yegua. En *cuantito* que yo la *amonte*, va a ver su señoría lo que son los rayos. Si, a más del trato, no me da *pa* el refresco una *onsa*, me dejo cortar las dos piernas.

Dicho y hecho. Cogió Telaraña las riendas con la izquierda; puso el pie en el estribo, y ¡arriba!

A la yegua no le faltaba más que un peso mediano para fenecer.

Al sentir sobre sus lomos a Telaraña, fue toda ella vahído.

El cuello osciló, se entreabrió la triste boca, retembló el ijar, se doblaron hasta dar en tierra, los corvejones, y los remos delanteros se agitaron en el espacio con angustia.

Era la agonía.

¿Creen que por esto se apuró el insigne gitano?

¡Apurarse!.. Firme en la silla, enhiesta la cintura, recogiendo el rendaje con elegantísimo ademán, dio rostro al feriador y gritó a la bestia moribunda, que



vacilaba sobre sus remos con la trágica embriaguez de la muerte:

—¡Estate quieta, PINTURERA!..

Así las gastaba Telaraña.

Y luego, bravo como el que más; pronto a dar cara a la Guardia Civil en mitad de un camino y entendérselas con quien le requiriese el hipo, tijeras y pistola en mano.

Un *manú* desde la cabeza hasta los pies.

No más que uno había tan *manú* y tan hábil como Telaraña: Lolo, el marido de la gitana, el gachó por quien ella dejó las comodidades de su hogar, de la casita puesta en la Cava sevillana, casi en las orillas del poético Guadalquivir.

Por él, por Lolo, dejó Estrella la casita alegre de sus *batos*.

¡Ay, si estuviese con ella Lolo, no echara cuenta de *faitigas*!

Pero Lolo estaba en la cárcel: El *desavío* con Mal Ojo. En el modelo y pendiente de causa: allí estaba; mejor dicho, allí tendría que volver a las resultas del proceso. A la presente había *dío* a Córdoba, en *conducción*, a declarar en otra causa.

«Esta fue *por mor* de unas jacas que se huyeron de su amo. Lolo las encontró *escarriás* en un monte. No era cosa de dejarlas en él, *desmamparás*, *pa* que las *trajelase* el lobo. Tuvo lástima y echó monte abajo con ellas. Pues por eso, por caritativo, lo procesaron y fue al *estarivé*. El suceso ocurrió primero del desavío grande. Lolo se escapó de la cárcel. Libre, como los milanos, andaba. Se terció el *desavío*, vinieron los corchetes y le echaron los garfios».

Así hablaba Estrella cuando refería su desgracia.

Ahora, su hombre *conducío* a Córdoba desde Madrid. ¡*Conducío* en un tren!.. «¡*Maldecíos* trenes y *maldecío* quien mandó llevar en tren a los *manús*!.. ¿No van mejor por la carretera? En la carretera hubiese ella *caminao* junto al Lolo suyo. Lolo fue al tren. El tren cuesta *remuncha guita*».



Y Estrella echó hacia Córdoba con sus tres *chorreles* y su burro. Si el chico mayor estuviera bien de salud, ella se ingeniaría; no se asustaba por tan poco. Pero con el muchacho enfermo y la tribu de Telaraña por delante, iba a pasarlo mal.

¿Reunirse con los de Telaraña? Ni siquiera pensarlo.

¡Telaraña, primo de Mal Ojo, enemigo a muerte de Lolo!.. ¡Poco gozaría él viéndola *esmanpará*! Nunca. Primero reventar. Y después... después... Ea, que no se juntaba con la tribu.

En Despeñaperros torcería el rumbo, daría un rodeo al objeto de no recoger la esquilma de los *telaraños* y *deprisita* a Córdoba, a juntarse con Lolo, a ayudarlo con su mendigueo. A enviarle *tós* los días un beso, *manque* solo fuese uno, por la reja del locutorio.

¡La pobre gitana!.. Aun jadeaba por el cansancio del acoso, aun humedecían el polvo, en sus mejillas incrustado, lágrimas arrancadas a ellos por los sufrimientos del *chiclán*.

Los recuerdos de su mocerío le acudieron en tal instante a la imaginación, no alegres como acuden esos recuerdos cuando se halla en paz el espíritu, como acuden en las horas de angustia: amargos, irónicos, crueles, convertidos en mueca.



## VII

Castilla es la tierra, julio el mes. Hora, el mediodía.

El grupo de miserias avanza carretera adelante. Enfrente de él se alza, como un manchón de nieve, la casilla de los peones camineros. A su espalda se descubre el pueblo, el infame pueblo donde la gitana no pudo detenerse, porque la arrojaron, porque la persiguieron, porque hubo de salir inmediatamente sin alimento, sin agua, con su hijo mordido por la calentura, con sus pies sangrando, con su pecho exhausto, maldita de Dios y perseguida de los hombres.

Y la gitana avanza, avanza, volviendo los ojos hacia atrás, para clavarlos como dos rayos de odio en la torre de la iglesia, que sube al espacio, pizarrosa y aguda, como una lanza de combate.

***

El niño enfermo, incorporándose trabajosamente sobre el serón que le sirve de cama, extiende sus brazos en dirección de la gitana, y dice con voz débil:

—¡Madre!

La madre se dirigió hacia el niño.

—¿Qué quieres? —murmura, dejando a la criatura de pecho junto a su hermanillo dormido, y rodeando con sus brazos el cuello del enfermo.

—¡Agua! —responde este—. ¡Dame agua! ¡Tengo mucha sed! ¡Me quema aquí!

Y señala con un dedito su pecho tembloroso y desnudo.

—¡Agua!.. —grita la madre con desgarro cruel—. ¡Agua!.. ¿Dónde hallarla?

—¡Agua! —responde el niño—. ¡Tengo sed!.. ¡Tengo sed!..



Y entreabre sus labios, quemados por la fiebre, y mira a su madre con miradas tan suplicantes, tan llenas de amargura, que la madre se pone pálida y rompe en sollozos.

Es su hijo, la carne de su carne, quien reclama un socorro del que depende su existencia tal vez, y ella su madre, no se lo puede dar.

En vano registra con ansia el interior del cantaruelo: está vacío; no queda gota de agua en su fondo.

La mujer mira al cielo. En el cielo no hay una nube; registra la carretera solitaria, los campos de trigo, las planicies, los prados, el horizonte, en fin. Nada; ni un arroyo, ni una fuente, ni un charco.

La tierra, sedienta, parece gritar a Estrellita del Alba, mostrándole sus resecas fauces:

—¿Agua para tu hijo? Aquí no hay agua para nadie. ¡Que se muera de sed como yo!

Y la gitana, abrazando el cuerpo del muchacho, repite con gesto de fiera y ademán de loca:

—¡No hay nada! ¡No puedo darte nada! ¡Dónde voy a encontrar ahora agua, corazón de mi sangre!..

De pronto sonríe, con sonrisa de suprema esperanza. Cerca, a veinte pasos del grupo, hay algo que su angustia no le permitió ver mientras caminaba al lado de su hijo.

Es la caseta de los peones camineros. Media docena de gallinas y un gallo de cresta roja, cola áurea y pupilas de lumbre, picotea junto a ella.

Cerrada se halla la puerta de la casa. No importa. Tal vez haya dentro alguno que pueda oír sus súplicas.

Estrellita *de Alba* golpea furiosamente, aquella puerta inmóvil. Todos sus afanes son inútiles. Nadie viene en su auxilio. Rendida de llamar, sin saber lo que hace, da la vuelta a los muros.

Al llegar a la espalda de la casilla ve, recostada contra la pared y protegida por su sombra, una cazuela. Mediada de agua está.

La mujer ve aquella agua; pero no ve, a tal extremo la ciegan la sorpresa y el júbilo, que al par suyo, y movido



por iguales impulsos que ella, se dirige al cacharro un mastín enorme, con el pelo de punta, la boca abierta, la baba colgando y los ojos relampagueantes de codicia.

Al distinguir a la mujer, el perro lanza un gruñido amenazador.

Estrellita del Alba levanta la cabeza, y comprendiendo las intenciones del mastín, apresura el paso. Una y otro llegan a la vez al lado del cacharro, y se detienen para contemplarse con ademán de desafío. La mujer extiende los brazos, pero el perro, al advertir el movimiento, acorta la distancia y se planta junto a la cazuela, enseñando los dientes.

No piensa en huir. Se halla dispuesto a defender aquel trago de agua.

—¡Ah, tú también! —grita la madre, contemplando rencorosamente a su enemigo—. ¡Pues no lo tendrás!

Y descarga un vigoroso puñetazo en el hocico del mastín.

Este da un salto, apoya sobre el pecho de la gitana sus patas delanteras, la derriba, y hace presa en su hombro. La gitana lanza un grito de dolor y de furia, y sin acobardarse, frenética, desesperada, cogiendo con ambas manos la garganta del perro, aprieta con rabia, con frenesí, con ira, con heroico y brutal arranque, mientras el perro la sujeta al suelo con sus recias manazas y le desgarra el hombro con sus afilados colmillos.

La lucha sigue breves instantes empeñada, silenciosa, cruel. Los dos combatientes se revuelcan por tierra, prontos a no cejar, dispuestos a vencer, procurando lograrlo con todas las armas de que la naturaleza les dotó.

El perro oprime el pecho de la mujer y clava los colmillos en su carne; la mujer muerde en las patas martirizadoras, y hunde sus dedos, vueltos garfios, en la musculosa garganta del mastín.

Hay un momento de pausa en la horrible lucha. A ella sigue un vaivén trágico, en que bestia y mujer se revuelven furiosos.

El perro da un ronquido, abre la boca de par en par y cae de espaldas.



Los dedos de la gitana le han estrangulado.

Estrellita del Alba se alza del suelo pálida, jadeante. Su corpiño, roto en jirones, deja al descubierto sus pechos y sus hombros. En ellos aparecen tres heridas anchas, profundas. Por los labios de estas heridas brota, en hilos rojos, la sangre.

Estrellita del Alba no hace caso de la sangre ni del dolor. Da con el pie al cadáver de su enemigo, coge entre sus manos la cazuela, objeto de la lucha, y va en busca de su hijo.

¿Qué le importan a ella las heridas? Fuente de alegría es la sangre que corre por su carne, abrillantándose a los rayos del sol. Fuente de alegría, en la cual bebe a chorros su espíritu.

Estrellita del Alba llega junto al serón donde se estremece la atormentada criatura, pasa un brazo por bajo de su espalda, le levanta el cuerpecillo, acerca con el otro brazo el cacharro a los labios del niño, y le grita con el alma, puesta en el mirar:

—¡Aquí *tiés agua*, *Loliyo*!.. ¡Bebe tú, *corasón*!..

“Vamos, poeta, despídete ya de la musa; dile que se vaya a dormir y que me ceda el puesto. Acabaron las horas de arte. Dejemos que suene para nuestras almas la hora divina del amor...

Colección
Lima Lee

